



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LA COLINA DEL HORROR

Joseph
Berna



PRIETO

TERROR &



© JOSEPH BERNA

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable:
Gregorio Ovejero

Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-01251-X

Depósito legal: M. 6.071 - 1978

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**LA COLINA DEL
HORROR**

Joseph Berna

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

A

NDY Blocker detuvo su automóvil, un «Pontiac» verde claro, en lo alto de la colina.

—Ya hemos llegado, Bonnie —dijo, mirando a la chica que tenía a su lado.

Bonnie Smith era una atractiva joven de veintidós años, cabello rubio, no excesivamente largo, ojos azules y brillantes, labios sensuales, pechos erguidos, agresivos, delgada cintura y esplendidas piernas, que la brevedad de su falda permitía admirar.

—¿Por qué me has traído aquí, Andy? —preguntó ella, mirándole a su vez.

—Porque este lugar me gusta. ¿A ti no? —inquirió Andy Blocker, un tipo de unos veintisiete años, bien vestido, de elevada estatura y atlética constitución, pelo rubio y ojos claros.

—No demasiado, la verdad —respondió Bonnie, mirando a su alrededor—. Está muy solitario.

—Precisamente por eso me gusta a mí —sonrió Andy, abarcándola por la cintura.

La besó en los labios.

Largamente.

Poniendo en juego toda su experiencia en aquellos menesteres, que no era poca.

Sí.

Andy Blocker había tratado a muchas mujeres, algunas de ellas difíciles de seducir, pero todas, absolutamente todas, habían caído finalmente en sus brazos, rendidas ante su indudable atractivo y su hábil forma de besarlas y acariciarlas.

Bonnie Smith era una de esas mujeres difíciles de seducir.

De ahí que el apuesto Andy se emplease a fondo con ella.

Bonnie no podía ser la excepción.

Tenía que caer.

Y caería.

El lugar apropiado, ya lo tenía: aquella solitaria colina.

Nadie les molestaría.

Podría llegar hasta el final con la chica sin que nadie les interrumpiese.

Ella se dejaba besar.

Sin embargo, no colaboraba lo más mínimo en el apasionado beso, lo cual picó el amor propio de Andy, pues él esperaba que la chica se lo devolviese con el mismo ardor, anulada por completo su resistencia.

Sin despegar sus labios de los de ella, Andy deslizó una mano hacia las tentadoras piernas femeninas, las cuales acarició, cada vez más atrevidamente.

Estaba convencido de que aquello acabaría con la resistencia de la muchacha, y que ella se abandonaría totalmente.

Se equivocó.

En lugar de derribar la resistencia de la chica, la fortaleció, hasta el punto de que ella le apartó bruscamente.

—¡Basta, Andy! —gritó, respirando agitadamente.

Andy Blocker no supo disimular su contrariedad.

—¿Qué diablos te pasa, Bonnie? —exclamó.

—¡No quiero que me trates de este modo!

—¿Qué te he hecho yo, vamos a ver?

—¡No es lo que has hecho, es lo que piensas hacer!

—¿Y qué es lo que pienso hacer?

—¡Abusar de mí!

—¡Bonnie!

—¡Por eso me trajiste a este lugar, confíesalo!

—¡No es cierto!

—¡Quiero volver a Salem, Andy! ¡Inmediatamente!

Andy Blocker resopló, furioso.

—¡Está bien, regresemos a Salem! Pero conste que estás equivocada, Bonnie. Te traje aquí porque pensé que te gustaría estar a solas conmigo, sin mirones cerca. Y si me atreví a besarte, fue porque pensé que no te disgustaría. Yo deseaba besarte, porque me gustas...

—Pon el coche en marcha, Andy —ordenó ella, más calmada.

Andy sonrió suavemente.

—Eres muy bonita, Bonnie. La chica más preciosa que he conocido jamás.

—Vámonos, Andy —insistió la joven.

—¿Te disgusta mi compañía, Bonnie?

—Si me disgustara, no hubiese accedido a salir contigo.

—¿Te molestó que te besara?

—No.

—¿Y que te acariciara?

—Sí, eso sí.

—¿Por qué?

—Porque esas caricias eran el prólogo de algo que yo no quiero que suceda. Y ya sabes a qué me refiero.

—¿Qué tiene de malo que un hombre y una mujer hagan el amor?

—Nada, si ese hombre y esa mujer se quieren. Pero ese no es nuestro caso, Andy.

—Tú me gustas, Bonnie. Acabo de decírtelo.

—También tú me gustas a mí —confesó ella—. Pero eso no es suficiente.

—¿Qué más hace falta?

—Que haya confianza mutua, entre otras cosas.

—Oh, entiendo. Lo que sucede es que tú no te fías de mí.

—Hace muy poco que nos conocemos, Andy.

—¿Qué es lo que temes, Bonnie?

—Que te canses de mí a los pocos días de haber accedido a hacer el amor contigo, y te largues con otra.

Andy le cogió una mano, tiernamente.

—Eso no sucederá, Bonnie.

—¿Cómo sé que no?

—Mírame a los ojos.

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Y no ves la más absoluta sinceridad en ellos?

Bonnie Smith vaciló.

—No estoy segura.

Andy Blocker acercó su rostro al de ella y la besó suavemente, rozándole apenas los labios.

La joven no rechazó la delicada caricia.

Andy vio que ella cerraba los ojos y sonrió interiormente, pensando que ya había logrado amansarla totalmente. La abrazó, al tiempo que sus labios presionaban sobre los de la muchacha con fuerza.

Comprobó, satisfecho, que ella le devolvía el beso.

Inmediatamente, llegaron las caricias, más atrevidas incluso que antes.

Bonnie no le frenó esta vez. Se limitó a estremecerse, acusándolas.

Todo parecía, pues, indicar que ahora podría llegar hasta el final con ella.

Pero nuevamente se equivocó.

Cuando más entregada parecía la muchacha, le dio un violento empujón y lo tiró contra la portezuela del coche.

Inmediatamente después, Bonnie Smith abrió la otra portezuela y saltó del coche, echando a correr por entre los árboles, la blusa abierta de par en par.

—¡Bonnie! —gritó Andy.

Ella siguió corriendo.

Andy escupió una maldición y salió del coche, lanzándose en persecución de la muchacha.

—¡Detente, Bonnie! ¿Es que te has vuelto loca?

La joven continuó corriendo.

Andy corría más velozmente, y pronto la tuvo a su alcance.

Le ordenó una vez más que se detuviera, pero como no le hizo caso, se arrojó sobre ella y la derribó.

Bonnie comenzó a chillar histéricamente y a darle golpes en el rostro.

Andy le sujetó los brazos lejos del cuerpo y le inmovilizó el torso con el suyo.

—¡Deja de gritar ya, maldita sea!

—¡Suéltame, canalla! —ordenó ella, forcejeando con él desesperadamente y pataleando con rabia.

—¡No voy a hacerte nada, te lo juro!

—¡Quieres violarme, lo sé!

—¡No digas disparates, Bonnie! ¡Vamos a volver a Salem ahora mismo! ¡No quiero de ti nada que tú no desees darme! ¿Por quién me has tomado?

El histerismo de la muchacha pareció remitir.

—¿De veras no vas a abusar de mí, Andy...? —musitó.

—¡Pues claro que no! Jamás he forzado a una mujer. No necesito hacerlo, ¿te enteras? Mi agenda está repleta de nombres y direcciones de chicas estupendas, y cualquiera de ellas brincaría de alegría si me viera aparecer por su casa esta noche.

Bonnie Smith se relajó por completo, pasado ya el miedo que había provocado su ataque de histeria.

—Perdóname, Andy. Yo creí que...

—Pues te equivocaste —gruñó él—. Vamos, te ayudaré a ponerte en pie.

—Sí, por favor...

Cuando ambos recuperaron la verticalidad, Andy rezongó:

—Abróchate la blusa. La noche no tiene nada de calurosa, y podrías pillar un resfriado.

—Sí...

Bonnie comenzó a abotonarse la blusa, bajo la cual solo llevaba el breve sujetador, de tejido transparente.

—Lo siento, Andy... —murmuró, mirando hacia el suelo.

—Olvidalo.

—Será mejor que no volvamos a salir juntos.

—Desde luego. Yo soy un hombre, y cuando estoy con una mujer me gusta que ella se comporte como tal, no como una niña.

Bonnie no dijo nada.

De pronto, justo cuando pasaba el último botón de la blusa, un rugido rasgó el silencio de la noche.

Un rugido realmente escalofriante.

Como emitido por una poderosa bestia salvaje.

Bonnie Smith respingó tan fuertemente, que arrancó el botón que pretendía pasar por el pequeño ojal.

—Andy... —susurró, cogiéndose del brazo de él.

Andy Blocker había vuelto la cabeza hacia el lugar por dónde había surgido el estremecedor rugido.

No descubrió nada.

Solo las sombras de los árboles proyectándose sobre el suelo y el rumor de sus ramas al moverse, empujadas por la ligera brisa.

—¿Qué ha sido eso, Andy...? —inquirió Bonnie, sin atreverse a alzar la voz.

—No lo sé —murmuró él.

—Tengo miedo, Andy...

—Será mejor que regresemos al coche. Dame la mano, Bonnie.

Ella se la dio y los dos echaron a andar rápidamente hacia el «Pontiac».

Bonnie miraba nerviosamente hacia todos lados, el temor reflejado en su rostro.

Apenas habían dado unos pasos, cuando un segundo rugido hizo temblar la tierra que pisaban.

Andy y Bonnie se quedaron paralizados un instante, sintiendo culebrear el pánico en sus huesos.

Súbitamente, una sombra se destacó entre los árboles.

—¡Andy! —gritó Bonnie, con voz estrangulada, al tiempo que clavaba sus uñas en el brazo de él.

—¡Corre, Bonnie! —ordenó Andy, reaccionando.

Tiró bruscamente de la muchacha y la arrancó materialmente del suelo, obligándola a correr a toda velocidad.

Un tercer rugido estremeció aquella parte de la colina, pero Andy y Bonnie no se detuvieron esta vez. Ni siquiera volvieron la cabeza.

Ambos habían comprendido que sus vidas corrían peligro.

Un gran peligro.

Su única esperanza era alcanzar el coche, subir a él sin perder un segundo, y largarse a toda prisa del lugar.

Lo primero lo consiguieron.

Lo segundo, también.

Lo tercero, desgraciadamente, no.

Ello se debió a que las llaves del coche habían desaparecido misteriosamente.

—¡Vámonos, Andy, deprisa! —exclamó Bonnie Smith, alarmanamente pálida.

—¡Las llaves, Bonnie!

—¿Qué?

—¡No están!

—¡Debieron caerse cuando yo te empujé, Andy!

Andy se agachó y palpó nerviosamente el piso del coche.

—¡No las encuentro!

—¡Por Dios, Andy! ¡Tienen que estar!

—¡Ayúdame a buscarlas, Bonnie!

La joven no lo hizo.

Acababa de mirar por la ventanilla.

«Aquello»... ¡ya estaba allí!

¡A cuatro metros escasos del coche!

¡Inmóvil!

¡Observándoles!

A Bonnie Smith se le erizó la piel del cuerpo y un extraño frío le produjo dolor de huesos.

Quiso gritar, advertir a Andy Blocker de la presencia de aquel ser gigantesco y monstruoso, cubierto totalmente de pelo, con dos hileras de dientes enormes y unos ojos que parecían despedir fuego.

No pudo.

La voz no le salió.

Sus cuerdas vocales estaban paralizadas por el terror.

Andy seguía agachado, buscando desesperadamente las llaves del motor.

Por eso no vio cómo aquel enorme y horripilante ser alcanzó el «Pontiac» en dos poderosas zancadas, lo agarró con sus descomunales garras, lo levantó por encima de su cabeza como si fuera un coche de juguete, y lo lanzó por los aires.

El «Pontiac», después de chocar violentamente contra el suelo, dio varias vueltas de campana y finalmente tropezó con un árbol, quedando con las ruedas hacia arriba.

Entonces, y a través de la ventanilla, fue cuando Andy Blocker vio al espeluznante monstruo.

Se sintió tan horrorizado como Bonnie Smith.

—Es espantoso... —musitó.

A su lado, Bonnie, medio atontada por los golpes sufridos, emitió un débil gemido.

El horrible ser lanzó un potente rugido y avanzó hacia el coche.

—¡Salgamos de aquí, Bonnie! —chilló Andy, pasando por el hueco de la ventanilla con rapidez.

De un tirón sacó a la muchacha.

Bonnie, al ver de nuevo al monstruo, recobró de golpe toda su lucidez y se puso a gritar con todas sus fuerzas.

—¡Huyamos, Bonnie! —rugió Andy, tirando de ella.

Lo intentaron, sí.

Pero no lo consiguieron.

El terrorífico ser les dio alcance con asombrosa facilidad y los derribó de un zarpazo.

Al primero que apresó fue a Andy.

El atlético joven ni siquiera tuvo tiempo de hacer frente a la bestia.

De un poderoso golpe le separó la cabeza del tronco.

El breve aullido que brotó de la garganta de Andy fue tan estremecedor como la propia fiera.

Bonnie Smith, tirada en el suelo, con la blusa y la falda desgarradas, se llevó las manos a los oídos y también ella aulló, a punto de desmayarse de horror.

Horror que se acrecentó al ver cómo aquella «cosa» se ensañaba con el cadáver de Andy Blocker, despedazándolo con sus poderosas garras.

Bonnie no supo de dónde sacó fuerzas suficientes para levantarse y echar a correr, despavorida; pero el caso es que lo hizo.

Corría tan alocadamente, que tropezó en una piedra y se precipitó de bruces contra el suelo.

Sintió un agudo dolor en el rostro.

Al levantar la cara, notó que su ceja izquierda sangraba abundantemente.

La sangre le cubrió rápidamente el ojo y le impidió ver.

Escuchó un rugido a sus espaldas.

Bonnie giró la cabeza.

Con el ojo derecho vio al monstruo.

Estaba solo a dos metros de ella.

El alucinante ser alargó sus garras hacia la muchacha.

Bonnie Smith, incapaz de resistir tanto horror, dejó escapar un gemido y se desvaneció.

CAPÍTULO 2

M

IKE Andrews lanzó el último de los dardos contra la diana que tenía colgada en la pared de su despacho.

Lo clavó casi en el mismo centro.

Mike, cansadamente, se acercó a la diana y desclavó los dardos.

Contaba veintiocho años de edad, y era alto, fuerte. Tenía el cabello negro, la cara morena, la nariz recta y el mentón firme. Iba en mangas de camisa, y se había aflojado el nudo de la corbata.

Mike se retiró de la diana y se dispuso a lanzar de nuevo los dardos.

No tenía otra cosa que hacer.

Había lanzado ya dos de los dardos, cuando la puerta de su despacho se abrió, dando paso a Romy Seaton, su secretaria, una joven pelirroja de rostro agraciado y formas muy estimables, que su ceñido y corto vestido se encargaba de realzar.

—Mike...

—Date la vuelta y agáchate, Romy —indicó él.

—¿Qué me agache...?

—Sí, como si fueras a recoger algo del suelo.

—¿Para qué?

Mike levantó la mano derecha, en la que sostenía un dardo.

—Sería una diana magnífica.

—¡Toma como diana el trasero de tu abuela, rico! —gruñó la pelirroja.

Mike Andrews se acercó a ella, riendo.

—Solo era una broma, mujer.

—Por si acaso, procuraré no agacharme nunca de espaldas a ti.

Mike le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí casi con brusquedad, y la besó en los labios con mucha pasión.

La secretaria no puso ninguna objeción.

Quedó como muerta entre los brazos de él.

Cuando Mike separó su boca de la de ella, Romy Seaton, con la respiración entrecortada, porque el beso duró más que el discurso de un político, preguntó:

—¿A qué viene tanta fogosidad de buena mañana, Mike...?

Mike Andrews compuso una mueca.

—Esta noche he dormido solo, Romy.

—Más vale dormir solo que mal acompañado —repuso irónicamente la secretaria.

Mike sonrió.

—Tú hubieses sido una compañía deliciosa, Romy.

—Yo solo me voy a la cama con mi novio.

Mike puso cara de sorpresa.

—No sabía que tuvieras novio, Romy...

—Pues lo tengo. Y es boxeador.

—¿Boxeador...? —respingó Mike.

—Del peso pesado.

—¡Un peso pesado! —repitió Mike, soltando bruscamente la cintura de su secretaria y dando un salto hacia atrás.

—Ciento cinco kilos, novecientos gramos, dio en su último pesaje —informó ella, mirándose las uñas.

—¡Mi madre! ¿Y cuándo fue eso...?

—Horas antes de mandar al hospital a Joe «Trilita».

Mike Andrews volvió a respingar, con más fuerza que antes.

—¡Joe «Trilita», el campeón de Montana! —exclamó, con ojos agrandados.

—El mismo —sonrió la secretaria—. Aunque ahora ya no se llama Joe «Trilita».

—¿Ah, no?

—Desde su pelea con mi novio, le llaman Joe «Papillita».

Mike Andrews tragó saliva con dificultad.

—Entonces, tu novio es...

—Oscar «Martillo Pilón».

—¡Ay!

—Has oído hablar de él, ¿verdad?

—Y quién no... Es el boxeador más popular de Oregón.

—Y el más bruto, también.

—Si tú lo dices... —carraspeó Mike.

—Todo el mundo lo dice. Especialmente, desde que dejó hecho una pasta a Joe «Trilita», ahora Joe «Papillita», como ya te he dicho.

—Sí, ya me lo has dicho...

—A mí no me importa, ¿sabes?

—¿El qué?

—Que Oscar sea tan bruto.

—Ya.

—A mí me gustan los hombres así, un poco salvajes.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—¿Qué me gustan los hombres un poco salvajes?

—Que tenías novio, mujer.

—Oh, porque yo soy una chica muy modesta, no me gusta presumir. Además, tú tampoco me lo preguntaste.

—Sí, eso es verdad... En fin, no volverá a suceder, te lo prometo...

—¿El qué no volverá a suceder?

—Bueno, yo te he besado porque no sabía que estabas comprometida... Ahora que lo sé, no volverá a ocurrir.

—Sí, será mejor que en lo sucesivo domines tus impulsos. Oscar podría enterarse y...

Mike Andrews respingó ligeramente.

—Tú no le dirás nada, ¿verdad?

—¡Claro que no! Nos mandaría a los dos al hospital —rio la secretaria.

—Como a Joe «Trilita...»

—Sí.

—Dios no lo quiera.

—No te preocupes, nunca sabrá nada.

Mike esbozó una sonrisa.

—Eres una chica estupenda, Romy.

—Y lo estoy. ¿O no? —preguntó ella, ahuecándose coquetamente el cabello.

—Ya lo creo que sí. Oscar es un tipo afortunado.

—Ahí fuera hay otra.

—¿Otra qué? —pestañeó Mike.

—Chica estupenda.

—¿De veras? —se alegró Mike.

—Eso entré a decirte, pero no me diste tiempo. Primero me pides que te ponga el trasero como diana, a continuación me das un beso de película erótica, y acto seguido me propones que una de estas noches me vaya a la cama contigo. Con todo eso, me olvidé de la chica por completo.

Mike Andrews tosió.

—¿Cómo se llama esa joven, Romy?

—Jenny Kopell.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Hablar contigo.

—Está bien, hazla pasar.

—Enseguida.

Romy Seaton dio media vuelta y caminó hacia la puerta, taconeando con gracia.

Mike Andrews clavó sus ojos en las marcadas caderas femeninas.

Pero solo por un instante, pues se acordó de Oscar «Martillo Pilón» y rápidamente desvió la mirada, borrando al mismo tiempo de su mente lo

que había estado pensando.

La secretaria salió del despacho.

Mike arrojó los dardos que le quedaban contra la diana, sin preocuparse de afinar la puntería, y rápidamente se acercó al perchero, donde colgaba su chaqueta, la cual se enfundó en un abrir y cerrar de ojos.

Se estaba apretando el nudo de la corbata, cuando la puerta se abrió de nuevo y una preciosa joven, de pelo castaño y no más de veintitrés años, entró en el despacho.

A Mike Andrews casi se le escapó un silbido de admiración, pues la chica no solo tenía un rostro bellísimo, sino también un cuerpo sensacional. Senos turgentes y altivos, redondas caderas, con la curva justa, piernas larguísimas, maravillosamente torneadas...

Esto último podía apreciarse perfectamente gracias a la abertura frontal de su vestido.

—¿Mike Andrews...? —preguntó la atractiva joven, con una voz tan cálida y tan dulce, que a Mike le pareció estar oyendo música hawaiana.

—Para servirle, señorita —asintió Mike, acercándose a ella.

—Mi nombre es Jenny Kopell.

—Encantado, señorita Kopell. Tome asiento, por favor —rogó Mike, tomándola suavemente del brazo y llevándola hacia la silla que había delante de su mesa.

—Gracias —sonrió la joven, sentándose en la silla.

Tenía una sonrisa de lo más encantadora.

Mike se apresuró a ofrecerle la caja de los cigarrillos, muy artística, por cierto.

—¿Le apetece, señorita Kopell?

—Sí, gracias —aceptó ella, cogiendo uno.

Se lo puso entre los labios.

Unos labios rojos como las cerezas.

Gordezuelos.

Ligeramente húmedos.

Parecían decir: «¡Besadme!»

—¿Me da fuego, por favor? —pidió Jenny Kopell.

Mike Andrews, que se había quedado quieto como una estatua, con la caja de los cigarrillos en la mano, hipnotizado por aquellos labios tan tentadores, respingó levemente y volvió a la realidad.

—Oh, sí, disculpe... —sonrió nerviosamente, dejando la caja de los cigarrillos sobre la mesa y atrapando en encendedor de gas que descansaba sobre ella, no menos artístico.

Lo accionó y acercó la llama al cigarrillo que aprisionaba la joven entre aquellos labios que tanto le atraían.

Ella lo encendió y lanzó dos chorritos de humo por los orificios de la

nariz.

—Gracias, señor Andrews.

—De nada, señorita.

—¿Usted no enciende uno?

—Oh, sí, yo también voy a fumar —respondió Mike.

Se puso un cigarrillo en la boca y le prendió fuego, lanzando una bocanada de humo.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señorita Kopell.

La joven desvió la mirada hacia el sillón que había detrás de la mesa.

—¿No se sienta usted, señor Andrews...?

Mike estuvo a punto de decirle que no, que prefería estar de pie, junto a ella, para seguir admirando la perfección de sus extremidades inferiores, que la muchacha había cruzado al poco de sentarse, y que la abertura del vestido permitía contemplar generosamente.

Sin embargo, respondió:

—Sí, será mejor que me siente.

Mike rodeó la mesa y se dejó caer en su sillón.

—Soy todo oídos, señorita Kopell.

—Me han dicho que es usted el mejor detective privado de Salem, señor Andrews.

—Y no la han engañado —asintió inmodestamente Mike.

—¿De veras es usted tan bueno...? —sonrió ella.

—El mejor discípulo de Sherlock Holmes, se lo aseguro. No hay caso que se me resista.

—Me alegro, porque a eso precisamente he venido yo, a encargarle un caso.

—Delo por resuelto, señorita Kopell. ¿De qué se trata?

El bello rostro de Jenny Kopell se ensombreció ligeramente.

—Una amiga mía, a la que aprecio mucho, ha desaparecido.

—La encontraremos, no se preocupe. ¿Cómo se llama su amiga?

—Bonnie Smith —informó la joven.

CAPÍTULO 3

T

¿Tiene alguna foto de su amiga Bonnie? —inquirió Mike Andrews.

—Sí, le he traído una —asintió Jenny Kopell, abriendo su bolso. Extrajo la fotografía y se la entregó al detective privado, diciendo—: Aquí tiene, señor Andrews.

—Gracias.

Mike contempló la foto durante unos segundos.

—Es una joven muy atractiva —comentó.

—Sí.

Mike alzó los ojos y los fijó en su cliente.

—Usted también lo es, señorita Kopell.

Ella sonrió con suavidad.

—Gracias, señor Andrews.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Yo? Veintitrés.

—Su amiga Bonnie —aclaró Mike, con una sonrisa.

—Oh, ella... Veintidós, uno menos que yo —respondió la joven.

—¿Y dónde vive?

—En el 249 de Faye Street.

—¿Sola?

—Conmigo.

—Oh, de modo que viven ustedes dos juntas...

—Sí, compartimos el mismo apartamento. El 28-G.

—¿Y desde cuándo no aparece su amiga, señorita Kopell?

—Desde hace dos noches.

—¿Tiene idea de dónde pudo haber ido?

—Por la tarde me dijo que iba a salir a cenar con un tipo. Y ya no volvió...

—¿Conoce usted al tipo, señorita Kopell?

La joven asintió con la cabeza.

—Lo vi hablar con Bonnie la noche anterior a la desaparición de mi amiga. Se llama Andy.

—¿Sabe su apellido?

—No, solo su nombre, y porque me lo dijo Bonnie. Yo no llegué a hablar con él.

—¿Conoce la dirección del tal Andy?

—No, no sé dónde vive.

—¿Cómo es, físicamente? —inquirió Mike.

—Alto, atlético, de unos veintisiete o veintiocho años, pelo rubio, atractivo, elegante...

—¿Puede decirme algo más sobre él?

—Sí, que tiene un «Pontiac» verde. Bonnie me lo dijo.

—¿Verde claro o verde oscuro?

—Caray, eso sí que no me lo dijo...

—No importa.

Mike Andrews consumió unos milímetros más de tabaco, expulsó el humo hacia el techo, y siguió preguntando:

—¿Desde cuándo conocía Bonnie a Andy?

—Lo conoció la noche anterior a su desaparición, en el club.

—¿Club?

—Sí. El «Sexy Club». ¿Lo conoce usted?

—Personalmente, no —carraspeó Mike—. Pero he oído hablar de él.

—Bonnie y yo trabajamos en el «Sexy Club» —informó Jenny Kopell.

Mike Andrews no supo disimular su sorpresa.

—¿Qué trabajan en el «Sexy Club», dice...?

—Así es.

—¿Bonnie y usted... son artistas?

La joven sonrió.

—No, señor Andrews. Solo somos camareras.

—Oh, camareras...

—Sí. Aunque podríamos actuar en la pista de atracciones, si quisiéramos. El dueño del club nos lo propuso. Su oferta era tentadora, pero Bonnie y yo la rechazamos.

—¿Por qué?

—Preferimos ganar menos y seguir siendo camareras, porque así solo estamos obligadas a enseñar las piernas y algunos centímetros de busto. En la pista, tendríamos que enseñarlo todo. Los números de «strip-tease» se suceden en ella.

—Así que eso fue lo que les propuso el dueño del club, que se desnudasen en la pista...

—Completamente. Pero Bonnie y yo solo nos quedamos sin ninguna ropa bajo la ducha, y así se lo dijimos al dueño del club.

—Me parece muy bien, señorita Kopell.

—Bonnie es una chica decente, señor Andrews. Y yo también. Si trabajamos de camareras en el «Sexy Club», es porque no encontramos otro

trabajo mejor. No nos gusta caminar por entre las mesas con las piernas al aire, pero tenemos que hacerlo, si queremos comer decentemente y tener dónde dormir.

—Lo comprendo perfectamente, señorita Kopell —sonrió Mike.

—Le digo esto para que no forme un concepto equivocado de Bonnie, pensando en su profesión. Conoció a Andy, él la invitó a cenar, y como ella tenía libre la noche siguiente, y Andy le agradó, aceptó. Nada tiene de particular que dos personas salgan a cenar juntas.

—Desde luego que no —dijo Mike.

—Me alegra que opine igual.

Sobrevino una pausa.

Mike Andrews rompió el silencio:

—¿Tiene usted alguna idea formada de lo que puede haberle ocurrido a Bonnie, señorita Kopell?

—Sí, creo que lo sé —respondió la joven, con extraña voz.

—Hable, por favor.

—Después de la cena, Andy invitaría a Bonnie a ir a su casa, con las intenciones que usted ya supone. Ella, estoy segura, se negó rotundamente, lo cual debió sorprender bastante a Andy, pues él no esperaba que una camarera de un club de «strip-tease» se negara a ir con él a la cama. En vista de ello, Andy, sin duda un tipo experto en mujeres, cambió de táctica, y en lugar de ir directamente al asunto, decidió llegar a él dando un hábil rodeo, para lo cual debió sacar a Bonnie de la ciudad y llevarla a algún lugar solitario. Un bosque... una carretera de escaso tráfico... Algo así.

Jenny Kopell se tomó una breve pausa y continuó:

—La noche era fresca, pero brillaba la luna y el cielo estaba repleto de estrellas. Una vez en ese lugar solitario bajo un cielo tan romántico, Andy trataría de besar y de acariciar a Bonnie. Ella, seguramente, se lo consintió, porque Andy le gustaba, y unos besos y unas caricias no tienen demasiada importancia. Andy debió creer que ya la tenía rendida y se dispuso a poseerla. Bonnie se resistió. Andy perdió la cabeza, la golpeó... y la mató.

Los ojos de la joven, grandes, de pupilas verdosas, estaban húmedos, casi en llanto, cuando ella acabó de exponer sus pensamientos.

Se llevó nerviosamente el cigarrillo a los labios, que ahora le temblaban ligeramente, y aspiró el humo.

Mike Andrews esperó a que la joven se tranquilizara un tanto, y luego preguntó:

—Si de veras piensa usted que Andy mató a Bonnie, ¿por qué no ha acudido a la policía?

Jenny Kopell sonrió tristemente.

—La policía no me hubiese hecho el menor caso.

—¿Por qué dice eso?

—Bonnie era camarera de un club de «strip-tease»... Suficiente para que la policía la considerase una chica de moral más que dudosa. Si además, les digo que un tipo apuesto y elegante, al que ella acababa de conocer, la invitó a cenar, y que ella aceptó encantada, pues... Para la policía, Bonnie no habría desaparecido, simplemente se habría largado de Salem con el tipo apuesto y elegante, convertida en su amante...

—¿Y usted está segura de que no fue eso lo que realmente sucedió? —se atrevió a preguntar Mike.

Jenny Kopell saltó de la silla como impulsada por un resorte. Sus preciosos ojos verdes destellaban y sus túrgidos senos subían y bajaban, agitados por la furia que en aquellos instantes latía en su pecho.

—Si también usted cree que Bonnie Smith era una cualquiera, será mejor que me vaya, señor Andrews.

—Por Dios, señorita Kopell... —rogó Mike, levantándose de su sillón—. Yo no he dicho que Bonnie sea una cualquiera.

—Pero piensa que haya podido largarse de Salem con ese Andy.

—Es una posibilidad, solo eso.

—Debe descartarla totalmente, señor Andrews. Bonnie no se hubiera ido de Salem sin recoger sus cosas. Y, menos todavía, sin despedirse de mí. Bonnie me aprecia tanto como yo a ella. O está muerta... o el tipo llamado Andy la retiene en algún sitio contra su voluntad. Usted debe averiguar si ha sucedido lo primero o lo segundo. Si acepta el caso, naturalmente.

—Oh, sí, por supuesto que lo acepto —asintió Mike—. Y quiero que sepa que le dedicaré todo mi tiempo, pues, casualmente, en estos momentos no tengo ningún otro caso entre manos.

—¿Tengo que darle algún dinero por adelantado? —preguntó la joven, haciendo ademán de abrir su bolso.

—No, por favor... —rechazó Mike—. Ya me pagará usted cuando haya resuelto el caso.

—Como quiera.

—¿Me permite que le ofrezca una copa, señorita Kopell?

—Gracias, pero no tengo sed.

—¿Se ha enfadado conmigo?

—No.

—Su cara parece decir que sí...

—Estoy disgustada, pero no es por su culpa. Es la desaparición de Bonnie lo que me llena de tristeza.

Mike Andrews rodeó la mesa y tomó a la joven por el codo.

—¿Tiene algo que hacer esta mañana, señorita Kopell?

—¿Por qué lo pregunta?

—Verá, he pensado que tal vez le gustaría acompañarme mientras trato de hallar el paradero de Bonnie.

El rostro de la joven denotó alegría.

—¿De veras me dejaría usted, señor Andrews?

—Oh, sí. Encantado, además.

—¡Acepto, señor Andrews! No tengo nada que hacer hasta las ocho de la noche. A esa hora, debo estar en el club.

—Magnífico. Vamos, señorita Kopell.

—Puede llamarme Jenny, si lo prefiere —autorizó ella, sonriendo.

—Sí, me gustaría llamarla por su nombre. Pero solo lo haré si usted me llama por el mío —condicionó el detective privado.

—De acuerdo, Mike.

—Ya no está enfadada conmigo, ¿verdad, Jenny?

—Ya le dije antes que no lo estaba.

—Pero sí lo estaba, confíeselo.

Jenny Kopell sonrió graciosamente.

—Un poco, sí. No me gustó que dudara de Bonnie.

—Un buen detective debe dudar de todo y de todos, Jenny. Y yo soy el mejor de Salem, no lo olvide.

—Espero que me lo demuestre.

—Se lo demostraré. Y en menos tiempo de lo que usted se imagina, ya lo verá.

—Su optimismo resulta contagioso, Mike.

—Y su sonrisa también. ¿No lo sabía?

—Olvídese de mi sonrisa y salgamos cuanto antes en busca de Bonnie.

—¡Ahora mismo! —rio Mike, empujando a la joven hacia la puerta del despacho.

Salieron los dos de él.

—Estaré ocupado el resto del día, Romy —dijo el detective a su secretaria, que estaba sentada tras una mesa, tecleando en una máquina de escribir.

—Que te diviertas, Mike —respondió ella, sonriendo maliciosamente.

Mike Andrews carraspeó.

—Vamos, Jenny —indicó a su guapa cliente, y ambos abandonaron la oficina.

CAPÍTULO 4

M

IKE Andrews accionó la llave de contacto de su coche, un «Buick» azul, y, segundos después, el automóvil se ponía en movimiento.

—¿Qué es lo primero que piensa hacer, Mike? —preguntó Jenny Kopell, a su lado.

—Averiguar el domicilio del tipo rubio —respondió el detective.

—Eso va a ser difícil, al no conocer su apellido...

—Pero sabemos cómo es físicamente. Y sabemos que tiene un «Pontiac» verde. Salem es una ciudad grande, pero tampoco es New York o San Francisco. Con paciencia y una caña...

—Se pueden pescar magníficas truchas.

—Eso —rio Mike.

Jenny Kopell también rio.

—Primero preguntaremos en los hoteles —dijo el detective.

—¿En los hoteles? —se extrañó la joven.

—Es posible que el tipo no viva en Salem, sino en cualquier otro punto de Oregón, y estuviese solo de paso en la ciudad. Incluso puede que viva en otro estado.

—Bonnie no me dijo nada de eso...

—Tal vez Andy tampoco se lo dijo a ella.

—Sí, es posible.

—De cualquier modo, preguntar en los hoteles tampoco nos llevará mucho tiempo.

—Hay bastantes, Mike... —observó Jenny.

—Sí, pero de primera categoría, solo unos pocos —repuso el detective—. Y es de suponer que un tipo elegante como Andy, cuando se aloje en un hotel, sea de esos.

Jenny Kopell sonrió.

—Qué inteligente es usted, Mike.

—Mi madre ya lo decía.

—Y qué modesto...

—Sí, la modestia es otra de mis muchas virtudes.

El detective privado y su cliente se echaron a reír.

—¿No tiene usted defectos, Mike? —preguntó la joven.

—Absolutamente ninguno. Soy el hombre perfecto. Esa es la razón de que diariamente reciba docenas de cartas de mujeres que me piden, me suplican más bien, que me case con ellas.

—¿Y usted...?

—Les contesto que lo siento, pero que soy demasiado joven todavía para pensar en el matrimonio —siguió bromeando Mike.

—¡Demasiado joven! —exclamó Jenny, y volvió a reír.

—Sí, solo tengo veintiocho años.

—¿Y a qué edad piensa casarse...?

—A los cincuenta. Es la edad ideal.

—¡Está usted loco, Mike!

—Pero resulto un tipo simpático, ¿a qué sí?

—Mucho.

—Usted también lo es, Jenny.

—Gracias.

Instantes después, Mike Andrews detenía su coche frente a uno de los mejores hoteles de la capital del estado de Oregón.

El detective preguntó al encargado de recepción si se hospedaba o se había hospedado recientemente allí un joven llamado Andy, alto y apuesto, de pelo rubio, que vestía con elegancia y tenía un «Pontiac» verde.

La respuesta fue negativa.

Mike dio las gracias al empleado y él y Jenny salieron del hotel.

Preguntaron en otros dos más, con idéntico resultado.

En el cuarto hotel, sin embargo, el Hotel Caribe, tan pronto como Mike describió a Andy, el encargado de recepción, denotando preocupación, inquirió:

—¿Le ha ocurrido algo al señor Blocker...?

Mike y Jenny intercambiaron una mirada.

El detective, encarándose nuevamente con el encargado de recepción, preguntó:

—¿Se llama así, Andy Blocker?

—Sí, ese es el nombre del joven que me acaba de describir usted...

—¿Se hospeda en este hotel?

—Sí, pero...

—¿Desde cuándo?

—¿Es usted policía? —preguntó el encargado de recepción del Hotel Caribe.

—Detective privado —respondió Mike, y le mostró su licencia.

—Oh...

—Responda a mí pregunta, por favor.

—El señor Blocker llegó hace tres días.

—¿Se había alojado anteriormente en este hotel?

—Sí, varias veces. Es un buen cliente. Siempre que viene a Salem, se hospeda aquí.

—¿De dónde es el señor Blocker?

—De Portland.

—¿Sabe usted a qué se dedica?

—A la venta de maquinaria agrícola.

—¿Cuál es su habitación?

—La 204.

—No se encuentra en ella en estos momentos, ¿verdad?

—No. Desde hace dos noches, no ha vuelto por el hotel.

—¿Dos noches? —Mike Andrews y Jenny Kopell volvieron a mirarse.

—Sí. Y es muy extraño. En otras ocasiones, ha dejado de venir a dormir alguna noche al hotel, pero ha venido a la mañana siguiente a cambiarse de ropa...

—¿Sus cosas siguen en la habitación?

—Sí, su equipaje sigue arriba.

—Entonces, continúa en Salem...

—Oh, de eso no hay ninguna duda. El señor Blocker jamás se marcharía sin abonar su cuenta.

—Sí, claro.

—¿Por qué lo busca usted, señor Andrews?

—Bueno, en realidad no es a Andy Blocker a quién busco, sino a la joven que él invitó a cenar hace dos noches. Se llama Bonnie Smith, y tampoco ella ha vuelto por su casa desde entonces —informó Mike.

—Oh...

—Esta joven que me acompaña es amiga de Bonnie Smith, y me ha contratado para que la encuentre.

—Entiendo, señor Andrews.

—¿Podemos dar un vistazo a las cosas del señor Blocker?

—Bueno, no sé si debo... —titubeó el encargado de recepción.

—Por favor... —insistió Mike—. Puede haber ocurrido alguna tragedia. Debemos encontrar a Andy Blocker y Bonnie Smith cuanto antes.

—Está bien, yo mismo les acompañaré —accedió el empleado del hotel.

—Muchas gracias.

El encargado de recepción cogió la llave de la habitación 204.

—Síganme, por favor.

Mike y Jenny siguieron al empleado.

Entraron los tres en el ascensor.

La habitación 204 estaba en la cuarta planta.

El empleado del hotel abrió la puerta y penetraron los tres en la

habitación de Andy Blocker.

Todo estaba en orden.

Mike revisó la mesilla de noche y los cajones de la cómoda.

No encontró nada de particular.

Revisó también el armario.

Allí estaba la maleta de Andy Blocker.

Mike la abrió.

Estaba prácticamente vacía.

Solo contenía dos revistas y una agenda.

Las revistas eran muy conocidas.

Y muy atrevidas.

«Play-boy» y «Penthouse».

Casi nada.

Mike soltó un carraspeo y cogió la agenda, ignorando las revistas de mujeres en cueros.

La agenda estaba llena de nombres de chicas, con sus correspondientes direcciones y números de teléfono. También figuraban algunos datos complementarios, como sus medidas anatómicas, color del pelo, profesión, si eran muy ardientes o no demasiado...

En las primeras páginas de la agenda, las correspondientes a la letra «A», figuraban, entre otros nombres de Seattle, Olympia, Tacoma, Spokane (todas ellas ciudades del estado de Washington), Portland, Eugene y Baker City (las tres del estado de Oregón), tres nombres de Salem: Cora Addison, Emma Allen y Judy Axley.

De la primera, decía: 93-61-91. Alta. Rubia platino. Bailarina. Es un volcán».

De la segunda: «90-60-90. Alta. Morena. Modelo. Tarda un poco en entrar en acción, pero, cuando se lanza, no hay quien la pare. Es una fiera. Muerde y araña».

Y de la tercera: «88-58-89. Pelirroja. Difícil. Tuve que llevarla a la colina. Yo fui el primero».

—Llevarla a la colina... —murmuró Mike Andrews.

—¿Ha encontrado algo, Mike? —inquirió Jenny Kopell.

—Es posible. ¿Puedo llevarme esta agenda? —preguntó Mike al empleado del hotel.

—Oh, no, señor Andrews, llevársela, no. Tome nota de lo que quiera, pero la agenda debe dejarla en la maleta. Podría volver el señor Blocker y...

—El señor Blocker no creo que vuelva nunca —profetizó el detective.

—¿Nunca...? —pestañeó el encargado de recepción.

—Me llevo la agenda.

—Pero...

—Se la devolveré, no se preocupe. Vamos, Jenny.

Mike Andrews y Jenny Kopell salieron rápidamente de la habitación, dejando de lo más confuso al empleado del hotel.

Un par de minutos después, el detective ponía en marcha su «Buick».

—¿Adónde vamos, Mike? —inquirió la joven.

—A ver a una tal Judy Axley. Vive en el 318 de Fulton Avenue.

—¿Quién es esa Judy Axley?

—Una de las conquistas de Andy Blocker. Y debió ser una conquista trabajosa y difícil, a juzgar por lo que anotó Andy en su agenda. Tenía usted razón, Jenny. El tal Andy es un experto en mujeres. Su agenda está repleta de nombres y direcciones.

—¿Por qué le dijo usted al empleado del Hotel Caribe que no cree que Andy Blocker vuelva nunca por allí?

—Porque eso es lo que pienso, Jenny. Y le diré porqué: no creo que él haya matado a Bonnie, como usted sospecha. Si lo hubiera hecho, habría vuelto rápidamente al hotel, hubiera recogido sus cosas y se hubiese largado de Salem esa misma noche. Lo más lejos posible. Si no ha vuelto por el hotel, es porque le ha ocurrido algo.

—¿Qué puede haberle ocurrido, Mike?

—Probablemente, lo mismo que a Bonnie: un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Con el coche, tal vez.

—Mike... —musitó la joven, empalideciendo—. ¿Piensa usted que han muerto los dos?

—No lo sé, Jenny. Espero que esa Judy Axley nos ayude a averiguarlo.

Jenny Kopell guardó silencio.

Mike Andrews tampoco habló.

Unos minutos después, el detective estacionaba su coche en Fulton Avenue, a la altura del 318.

Era un edificio de apartamentos.

El portero les dijo cuál era el de Judy Axley.

Mike y Jenny utilizaron el ascensor para subir al tercer piso.

El detective pulsó el timbre del apartamento 222.

Segundos después, la puerta se abría, dejando ver a una joven de unos veinticuatro años, cabello rojizo, muy atractiva, que se cubría con una delgada bata y calzaba zapatillas de baño.

La chica los miró a los dos con curiosidad.

—¿Judy Axley? —preguntó Mike, con una amable sonrisa.

—Sí —asintió ella—. ¿Qué desean?

—Mi nombre es Mike Andrews, y soy detective privado. Esta joven que me acompaña se llama Jenny Kopell, y es mi cliente. ¿Podemos hablar con usted unos minutos, señorita Axley?

La joven vaciló.

Finalmente, se apartó de la puerta y autorizó:

—Pasen.

—Gracias, señorita Axley —dijo Mike, y él y Jenny entraron en el apartamento de Judy Axley.

La atractiva pelirroja cerró la puerta y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ustedes dirán en qué puedo servirles.

—¿Conoce usted a un tal Andy Blocker, señorita Axley? —preguntó Mike.

Los ojos de la joven, pardos, ligeramente rasgados, tuvieron un destello.

—¿Andy Blocker? —repitió, quedamente.

—Sí.

—Lo siento, no lo conozco.

Mike y Jenny cambiaron una mirada.

—¿Está segura, señorita Axley? —insistió el detective.

—Sí, no sé quién es —respondió la joven, pero en su cara se notaba que mentía.

Mike Andrews extrajo del bolsillo interior de su chaqueta la agenda de Andy Blocker.

—Esta agenda pertenece a Andy Blocker. Está repleta de nombres y direcciones de chicas de varias ciudades de Oregón y Washington. Entre las de Salem, figura usted, señorita Axley.

—Debe tratarse de otra Judy Axley —repuso nerviosamente la chica.

Mike abrió la agenda por la página en la que figuraba la oven y leyó:

—«Judy Axley. 318 Fulton Avenue. Salem. 88-58-89. Alta. Pelirroja. Difícil. Tuve que llevarla a la colina. Yo fui el primero».

Mike alzó los ojos y los clavó en la chica.

—¿Sigue pensando que debe de tratarse de otra Judy Axley?

La joven, que había enrojecido visiblemente, murmuró:

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Que nos diga dónde la llevó Andy Blocker.

—A la colina, ya lo dice en la agenda —respondió la joven, a punto de echarse a llorar.

—¿A qué colina se refiere?

—No sé cómo explicárselo.

—Inténtelo, por favor.

—¿Por qué tienen tanto interés en saberlo?

Mike Andrews le habló de la misteriosa desaparición de Bonnie Smith y Andy Blocker.

—¿Por qué piensan ustedes que Andy llevó a esa joven a la misma colina que a mí? —preguntó ella.

—No estamos seguros, pero yo apostada a que sí. También Bonnie

Smith era una chica difícil —sonrió ligeramente el detective.

A Judy Axley se le escapó una lágrima.

—Sí, yo era una chica difícil... Como dice la agenda, Andy fue el primer hombre a quién permití que me hiciera el amor, allí, en aquella solitaria colina... Yo no quería, pero él...

—¿La forzó? —inquirió Mike.

—No, debo ser sincera y confesar que Andy Blocker no recurrió a la violencia conmigo. Ni creo que lo haya hecho con ninguna otra chica. No es su estilo. A él le basta su atractivo y su experiencia con las mujeres. Besa y acaricia de una forma que... No tuve fuerzas para rechazarle, esa es la verdad.

—Entiendo.

—Después, vinimos aquí, a mí apartamento, donde antes me había negado rotundamente a traerle, cuando él me lo pidió... Pasamos toda la noche juntos. Y la siguiente también. Yo me había enamorado perdidamente de Andy, y pensaba que él también lo estaría de mí. Pero me equivoqué... Tras esas dos noches de amor, desapareció de mi vida sin darme ninguna explicación. Solo fui una aventura para él. Una más... —sollozó Judy Axley.

Mike Andrews extrajo su pañuelo y se lo ofreció.

—Séquese esas lágrimas.

—Gracias —hipó la joven, tomando el pañuelo.

Mike esperó unos segundos y luego rogó:

—¿Nos dirá ahora dónde está esa colina que tan amargos recuerdos le trae, señorita Axley?

—Será mejor que les acompañe —sugirió ella—. ¿No les importa?

—Al contrario —sonrió el detective.

—Estaré lista en un par de minutos.

—La esperamos.

Judy Axley devolvió el pañuelo al detective y se introdujo en una habitación, saliendo poco después de ella, vistiendo unos ajustados pantalones azul turquesa y un ligero blusón, de mangas muy anchas. De su hombro derecho pendía un bolso de piel.

—Estoy lista, señor Andrews —dijo, sonriendo suavemente.

—Perfecto. Vamos, señorita Axley —indicó Mike.

Salieron los tres del apartamento.

Poco después, y en el «Buick» del detective privado, se dirigían a la solitaria colina escogida por Andy Blocker para vencer en ella la resistencia de las chicas difíciles.

La colina no tenía nombre, pero si Mike Andrews, Jenny Kopell y Judy Axley hubiesen sabido lo que les había ocurrido en ella a Andy Blocker y Bonnie Smith, con toda seguridad la hubiesen bautizado así: «La colina del

horror».

El mismo horror que les aguardaba a ellos...

CAPÍTULO 5

L

A colina se hallaba a varios kilómetros de la ciudad, y se llegaba a ella por un estrecho camino de tierra, con árboles a ambos lados.

—Allí está, señor Andrews —indicó Judy Axley, que iba sentada en el asiento trasero.

—¿Está segura de que es esa, señorita Axley? —preguntó el detective, observando la colina que había aparecido a lo lejos.

—Completamente.

—Bien.

El «Buick» continuó avanzando por el camino y poco después iniciaba el ascenso a la colina.

Mike Andrews conducía despacio, para poder observarlo todo a un lado y a otro.

Jenny Kopell y Judy Axley también tenían los ojos bien abiertos.

Sin embargo, ninguno de los tres descubrió nada antes de llegar a la cima de la colina.

Entonces, sí.

Los tres a un tiempo descubrieron el «Pontiac» verde de Andy Blocker, volcado ruedas arriba junto a un árbol, varios metros más allá de donde terminaba el único camino por el cual se podía llegar a lo alto de la colina en coche.

—¡Mike! —exclamó Jenny Kopell, de cuyas mejillas había huido el color.

—Salgamos del coche —indicó gravemente el detective.

Él, Jenny y Judy descendieron del vehículo y se aproximaron rápidamente al «Pontiac» de Andy Blocker.

Mike se arrodilló y miró el interior del automóvil.

—Andy y Bonnie no están en el coche —informó, irguiéndose de nuevo.

—¿Qué puede haber sucedido, Mike? —musitó Jenny.

—No lo sé. Es de lo más extraño que el coche esté volcado en este lugar. Y es evidente que no chocó contra ningún árbol, pues el morro del auto está intacto. En cambio, la parte izquierda del coche está aplastada,

como si lo hubiesen dejado caer de ese lado desde un primer piso... — señaló el detective—. Estoy desconcertado, de verdad.

—¿Y Andy y Bonnie...?

—Tal vez solo resultaron heridos en el accidente, salieron del coche y trataron de llegar a algún sitio donde pudieran atenderles.

—Pero no lo lograron...

—¿Por qué dice eso, Jenny? —inquirió Judy Axley.

Jenny Kopell la miró.

—Si Andy y Bonnie hubiesen encontrado quien les ayudara, habrían dado señales de vida, pero... no ha sido así. Ni yo he sabido nada de Bonnie desde hace dos noches, ni en el Hotel Caribe han sabido nada de Andy Blocker. Seguramente los encontraremos tirados en algún lugar de la colina, desangrados...

Mike Andrews le pasó un brazo por los hombros.

—No desespere, Jenny. Puede que ambos estén bien, en algún lugar cercano a la colina, debidamente atendidos por las personas que...

—¿Y por qué no lo han hecho saber? —le interrumpió la joven.

—Bueno, no habrán podido. Tal vez estén los dos inconscientes todavía, y, mientras no recobren el sentido...

—Usted también piensa que están muertos, Mike, confíeselo.

El detective no confesó nada. Se limitó a decir:

—Los buscaremos, Jenny. Vamos, hemos de encontrar algún rastro que nos conduzca hasta ellos.

—Sí... —musitó ella, pasándose el dedo índice por debajo de los ojos, de donde habían empezado a escapar las lágrimas que empañaban su mirada.

—¿Qué le parece si nos separamos, señor Andrews? —sugirió Judy Axley—. Así batiríamos en menos tiempo la colina...

—Es una buena idea, Judy —aprobo Mike—. ¿No le importa que la llame por su nombre?

—Claro que no —sonrió la bella pelirroja.

—Usted llámeme Mike, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Mike.

—Usted vaya en esa dirección, Judy —indicó el detective.

—Bien.

—Usted, Jenny, vaya por allí.

—Sí...

—Yo tomaré esta dirección. El primero que descubra algo, que llame a los otros dos. ¿De acuerdo?

Jenny y Judy dieron sendas cabezadas de asentimiento.

—Bien. Comencemos la batida —dijo Mike, y él fue el primero en ponerse en movimiento.

Jenny y Judy le imitaron inmediatamente.

Las distancias entre los tres fueron aumentando, y pronto dejaron de verse.

Tan solo un par de minutos después de perderse por entre los árboles, un grito desgarrador rasgó la atmósfera como un venablo.

A Mike le pareció que lo había lanzado Judy Axley.

Sí, tenía que haberlo emitido ella, a juzgar por el lugar de donde había partido el grito.

Mike echó a correr hacia allí, gritando a su vez:

—¡Judy!

Solo tardó unos segundos en llegar junto a ella.

Jenny Kopell llegaba un instante después, igualmente alarmada por el sobrecogedor grito de Judy Axley.

Se quedó tan horrorizada como el detective y la propia Judy.

Allí, delante de ellos, en el suelo, yacían los restos de un ser humano.

Esparcidos.

La cabeza por aquí... un brazo por allí... una pierna por acá...

Un espectáculo de lo más estremecedor.

Tanto, que Jenny y Judy sintieron unas repentinas e incontenibles náuseas y se vieron obligadas a vomitar.

Mike Andrews también estuvo a punto de hacerlo, aunque en el último instante logró sobreponerse, y, haciendo de tripas corazón, se aproximó más al descuartizado cadáver de Andy Blocker.

—Dios mío... —musitó, roncamente—. ¿Quién... o «qué» ha podido cometer una monstruosidad semejante? —se preguntó, observando los miembros desperdigados del infortunado Andy, alguno de ellos con la carne separada del hueso, como arrancada de cuajo por una garra de acero.

Con el rostro desencajado por el horror, el detective retrocedió unos pasos y se reunió con Jenny Kopell y Judy Axley.

Ambas tenían el rostro ceniciento, y se apretaban mutuamente las manos.

—¡Es horroroso, Mike! —sollozó Jenny, soltando las manos de Judy y abrazándose con fuerza al detective.

Mike la estrechó contra su pecho.

—Sí, jamás había visto nada tan horrible.

—¿Quién pudo hacer una cosa así? —murmuró Judy Axley.

—Parece obra de una poderosa bestia salvaje...

El cuerpo de Jenny Kopell sufrió una sacudida al escuchar las palabras del detective.

—¿Bestia salvaje, Mike...? —repitió, levantando la cabeza del pecho masculino.

—Solo una fiera podría despedazar así un cuerpo humano. Una fiera

enorme, capaz de separar la cabeza del tronco de un golpe. Eso fue lo que hizo con el pobre Andy...

Judy Axley miró nerviosamente a su alrededor.

—Empiezo a sentir miedo... —murmuró.

—Y yo —dijo Jenny Kopell, todavía en brazos del detective.

—Todos tenemos miedo —dijo Mike Andrews—. Sin embargo, creo que no debemos irnos todavía. Hemos encontrado el cadáver de Andy Blocker, pero no el de Bonnie Smith.

—Sí, tiene razón, Mike. Debemos buscar a Bonnie —convino Jenny.

—¿Está usted de acuerdo, Judy? —preguntó el detective a la pelirroja.

—¿Y qué haremos si aparece de pronto esta poderosa bestia salvaje, Mike? —repuso ella, cada vez más asustada.

Mike Andrews extrajo su arma.

Un revólver de calibre 38.

—Si aparece la bestia, nos defenderemos, Judy.

—¿Cree que eso la detendrá?

—Sinceramente, no lo sé. Pero es lo único que tengo.

Judy Axley se mantuvo callada, mordiéndose nerviosamente los labios.

—¿Buscamos a Bonnie Smith o regresamos a Salem Judy? —consultó Mike.

La joven, pese a su miedo, respondió:

—Está bien, busquemos a Bonnie Smith. Pero los tres juntos, ¿eh? Yo no vuelvo a quedarme sola en esta colina.

—No nos separaremos en ningún momento —dijo Mike.

Se pusieron los tres en movimiento.

Mike Andrews esgrimía en la diestra su revólver, y su otra mano, la izquierda, apretaba la de Jenny Kopell, quien a su vez daba su mano izquierda a Judy Axley.

Pasaron junto a los restos del cadáver de Andy Blocker.

Unos minutos después, volvían a llenarse de horror.

Acababan de descubrir el cuerpo de Bonnie Smith.

Igualmente descuartizado.

Jenny Kopell dio la impresión de que iba a desmayarse.

Mike, percatándose de ello, la sostuvo por la cintura y la obligó a dar la espalda al espantoso espectáculo.

—Trate de sobreponerse, Jenny.

—Me parece que yo también voy a desplomarme, Mike... —musitó Judy Axley, apoyándose en el hombro del detective.

Mike se apresuró a rodear la cintura de la pelirroja con el otro brazo.

—Por Dios, no se desmayen ninguna de las dos. Me pondrían en un...

Mike Andrews no pudo acabar la frase.

Un rugido le interrumpió.

Un rugido realmente escalofriante.
Como emitido por una poderosa bestia salvaje.

CAPÍTULO 6

U

Un profundo estremecimiento recorrió los cuerpos de Jenny Kopell y Judy Axley, cuyo peligro de desmayarse pareció desaparecer instantáneamente.

También Mike Andrews sintió un escalofrío.

Aquel poderoso rugido solo podía significar una cosa: que la bestia salvaje, el monstruo, el ser asesino, o lo que fuera lo que dio muerte a Andy Blocker y Bonnie Smith, despedazando horrorosamente sus cuerpos, continuaba allí, en la solitaria colina.

Muy cerca de ellos.

—Mike... —pronunció Jenny, con un hilo de voz.

—Es la bestia salvaje... —musitó Judy, con la cara blanca como el yeso.

—Vamos a regresar al coche —decidió Mike—. Pero sin perder la calma. Si dejamos que el miedo se apodere de nosotros, todo será más difícil. Judy, cójase de Jenny, como antes —indicó a la pelirroja—. Necesito tener la mano diestra libre, para poder utilizar la pistola si la bestia nos ataca.

Judy Axley se soltó del detective y se cogió de la mano de Jenny Kopell, que tenía la cara tan blanca como ella y Temblaba perceptiblemente.

Mike Andrews tiró de la mano de la camarera del «Sexy Club» y los tres comenzaron a caminar hacia el «Buick», sigilosamente, como si temiesen que el más leve ruido producido por alguna de sus pisadas, revelase su situación a aquel ser asesino al que todavía no habían visto.

Ni ganas.

Sí, no sentían el menor deseo de conocerle.

Les bastaba con saber lo que había hecho con Andy Blocker y Bonnie Smith.

Su único deseo era salir con vida de aquella maldita colina.

Ya se encargaría la policía de dar muerte a la bestia.

Ellos le harían frente con las armas apropiadas.

Un revólver del 38, era muy poca cosa...

Continuaron avanzando sigilosamente hacia el «Buick», pero sin dejar

de observar hacia todos lados.

Sus cabezas parecían tres periscopios, girando continuamente en todas direcciones.

Y es que no tenían ni idea de por dónde podía surgir la bestia asesina.

Desde que emitiera el escalofriante rugido, no solo no se había dejado ver, sino que no había vuelto a rugir ni a producir ruido alguno que les permitiera adivinar su posición.

La bestia, pues, se movía con el mismo sigilo que ellos.

Con la misma inteligencia.

Con idéntica astucia.

Mike, Jenny y Judy pasaban en aquel momento muy cerca de donde yacían los restos de Andy Blocker.

Las dos muchachas prefirieron no mirar aquellos miembros ensangrentados y esparcidos.

Judy Axley pisó un pequeño hoyo y el pie se le dobló con brusquedad, causándole un agudo dolor en el tobillo.

—¡Ay! —se quejó, arrugando la cara.

—¿Qué le ocurre, Judy? —inquirió Mike Andrews.

—Mi tobillo, Mike... —respondió quedamente la joven—. Me lo he torcido.

—Vaya... —rezongó el detective.

—No puedo apoyar el pie en el suelo, me duele mucho si lo hago.

—Sí que es mala suerte.

—Lo siento, Mike...

—Está bien, no se preocupe; yo la llevaré.

—¿En brazos?

—No, en brazos no puedo. Mi mano derecha ha de estar libre, ya se lo expliqué antes.

—Sí, para poder utilizar la pistola sí...

—La llevaré a la espalda.

—¿A la espalda...?

—Sí. Vamos, monte —indicó el detective, agachándose.

Judy Axley le rodeó el cuello con sus brazos y le pasó los muslos por ambos lados de la cintura, apretando con las rodillas.

Mike se irguió de nuevo.

—¿Está cómoda, Judy?

—Sí.

—Eso demuestra que soy un buen caballo.

—¿Aún tiene ganas de bromear? —se extrañó Jenny Kopell.

—Bueno, yo... —carraspeó el detective.

—¿Por qué le pone una mano en las posaderas a Judy?

—Es para que no se resbale.

—¿Seguro?

Mike carraspeó de nuevo.

—Le doy mi palabra, Jenny. Claro que, si Judy piensa que solo trato de aprovecharme de la situación, la retiro enseguida.

—Por Dios, cómo voy a pensar eso... —dijo la pelirroja—. En lo único que pienso yo es en salir de aquí, y solo usted puede ayudarme, Mike.

—¿No le molesta, pues, que yo...?

—En absoluto. Sé que no lo hace con mala intención.

—Puede usted estar segura de ello, Judy.

—Vamos, empiece a trotar —sonrió la joven.

—Me están entrando ganas de lanzar un relincho.

Mike y Judy rieron por lo bajo.

Jenny Kopell apretó los dientes.

—No entiendo cómo pueden bromear, en la situación tan crítica en que nos encontramos —recriminó.

—Creo que Jenny tiene razón, Mike... —admitió Judy, poniéndose seria de nuevo.

—Sí, yo también —convino el detective—. No es momento para bromas. Vamos, ya estamos cerca del coche.

Echaron a andar nuevamente los tres.

Bueno, los tres no; solo Mike y Jenny.

Judy seguía «montando» al detective.

Alcanzaron el «Buick» sin que, afortunadamente, la bestia salvaje diese nuevas señales de vida.

Mike abrió la portezuela de atrás y luego se agachó, de espaldas al coche, lo cual permitió a Judy quedar sentada en el asiento trasero sin haber tenido que apoyar el pie lastimado en el suelo ni una sola vez.

—Gracias, Mike —sonrió la pelirroja.

—Ha sido un placer llevar a un jinete tan... —el detective se interrumpió al ver el adusto gesto de Jenny Kopell—. Bueno, tan eso —carraspeó, al tiempo que cerraba la portezuela—. Vamos, Jenny. Entremos en el coche nosotros también.

—¿A mí no me abre la puerta? Soy su cliente... —recordó la joven, con ironía.

Mike tosió ligeramente.

—Disculpe, Jenny —dijo, y abrió la portezuela a la molesta muchacha.

—Gracias —gruñó ella, entrando en el «Buick».

Mike cerró la portezuela, rodeó rápidamente el coche, y entró por el otro lado, sentándose al volante.

Se dispuso a accionar la llave de contacto.

Fue entonces cuando reparó en que las llaves no estaban.

—No es posible... —murmuró.

—¿Ocurre algo, Mike? —preguntó Jenny.

—Las llaves del coche han desaparecido...

—¿Qué?

—Alguien las ha cogido, mientras buscábamos a Andy y Bonnie.

—Pero... ¿quién? —inquirió Judy.

—Si no me pareciera ridículo el solo hecho de pensar en ello, diría que las cogió la bestia salvaje, para que no pudiéramos escapar —respondió el detective.

—Sí, es de lo más ridículo —convino Jenny.

—De cualquier modo... —empezó a decir Mike Andrews.

Se interrumpió de pronto.

Un segundo rugido, idéntico al anterior, estremeció el lugar.

Jenny Kopell y Judy Axley empezaron a chillar, aterrorizadas.

¡La bestia salvaje acababa de aparecer por entre los árboles!

CAPÍTULO 7

M

IKE Andrews sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Observó al monstruo.

Sí.

Monstruo.

No podía llamar de otro modo a aquel gigantesco ser que sus dilatados ojos estaban contemplando.

Tenía alrededor de dos metros y medio de estatura.

Y una anchura enorme.

Como dos pechos masculinos juntos.

Pero no dos pechos cualquiera, sino dos pechos de campeón de halterofilia, de luchador de «catch», o de boxeador de los grandes pesos.

También la cabeza era enorme.

Y los ojos.

Y la boca.

Y las orejas.

Los brazos eran largos y gruesos como troncos de árbol.

Las piernas, muy largas también, parecían dos columnas.

Mike pensó que aquel ser podría fácilmente derribar un árbol de una patada.

Y aplastar un par de kilos de tomates de un solo pisotón.

Sí, porque también sus pies eran descomunales.

¡Unos pies que, salvando sus gigantescas proporciones, eran totalmente humanos!

Lo mismo ocurría con las manos, aunque esto ya era más difícil de apreciar, pues estaban cubiertas, hasta los extremos de los dedos, por una alfombra de pelo.

Como la cara.

Como el pecho.

Como brazos y piernas.

Como todo él, a excepción, como ya queda dicho, de los pies, donde el vello era menos abundante que en el resto del cuerpo.

¿Quién habría engendrado un ser tan gigantesco y tan monstruoso?

¿Y dónde?

¿Y cuándo?

¿Sería acaso un ser de otro mundo, llegado a la Tierra en una nave espacial?

¿Habría más seres como aquel en la colina?

Todas estas preguntas, y algunas más, se las hacía mentalmente Mike Andrews, mientras contemplaba, entre atónito y aterrado, al espeluznante ser.

Jenny Kopell y Judy Axley seguían chillando como locas, pero el detective no parecía oírlas.

De pronto, el monstruo, completamente inmóvil hasta entonces, soltó un nuevo rugido y avanzó hacia el «Buick», mostrando su poderosa dentadura.

Jenny y Judy, al verlo venir, chillaron más histéricamente aún.

Mike reaccionó.

Abrió la portezuela del coche de un manotazo y saltó de él, llevando en la diestra su revólver.

Por encima del techo del automóvil apuntó al pecho del aterrador ser y apretó el gatillo.

Una vez.

Dos.

Tres...

Nada.

Las balas parecían rebotar en el musculoso tórax del monstruo.

Debía tener la piel tan dura como un rinoceronte.

Haría falta un cañón antiaéreo, para atravesar aquella especie de coraza de acero que protegía la enorme caja torácica de la bestia.

Pretender abatir a aquel poderoso ser con una pistola de calibre 38 era como querer capturar una ballena con un mondadientes como arpón.

O matar cocodrilos a cachetes.

O elefantes con un tirachinas.

Sí.

Totalmente imposible.

Sin embargo, el pequeño David abatió al gigante Goliath con una simple honda...

También parecía imposible.

Pero ocurrió.

¿Y por qué?

Pues, porque el pequeño David supo encontrar el punto débil de su poderoso enemigo: la frente.

Mike Andrews se dijo que también él debía hallar el punto débil del monstruoso ser.

Y pronto.

El monstruo seguía avanzando.

Ya se hallaba a menos de cinco metros del coche.

El detective, con el rostro bañado de un sudor frío, elevó el brazo que sostenía el arma y apuntó a la cara del monstruo.

A sus ojos, concretamente.

Apretó nuevamente el gatillo.

Una vez.

Dos.

Tres...

No pudo enviar más balas.

Las había utilizado todas.

El resultado esta vez, sin embargo, fue muy distinto.

Mike Andrews, poseedor de una puntería excelente, había reventado los ojos del alucinante ser con sus balas cuarta y quinta.

La sexta solo hirió, levemente, una de las manos del monstruo, porque este se las había llevado ya ambas a la cara, al tiempo que emitía un largo bramido de dolor, tan potente, que a Mike, Jenny y Judy les dolieron los tímpanos.

La bestia salvaje pareció volverse loca.

Empezó a dar unos saltos enormes, furiosos zarpazos, rabiosas patadas, todo ello sin dejar de emitir rugidos de dolor.

Mike Andrews comprendió que debían aprovechar el momento para alejarse lo más posible del monstruo. Se guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y gritó:

—¡Jenny, Judy, abajo!

Jenny Kopell se apresuró a obedecer al detective, saliendo por la puerta que este había utilizado para saltar del coche.

Mike ya había abierto la portezuela de atrás.

—¡Monte en mi espalda, Judy, como antes! —indicó, agachándose.

La joven lo hizo.

Mike la sostuvo por las posaderas con la mano izquierda, como la otra vez, y con la derecha cogió la mano de Jenny Kopell.

—¡Corramos, Jenny!

Le dieron ambos a las piernas con ganas.

Fue un acierto que el detective decidiera abandonar su «Buick», pues apenas unos segundos después de que lo hicieran, el monstruo, ciego como estaba, consiguió encontrar el coche y descargó contra él toda su furia.

En solo medio minuto, lo convirtió en un montón de chatarra a golpes, y no satisfecho todavía con ello, levantó el machacado «Buick» por encima de su cabeza y lo lanzó por los aires.

Mike, Jenny y Judy, que se habían detenido un instante unos treinta

metros más allá, se estremecieron.

—¡Esa bestia tiene una fuerza increíble! —exclamó Jenny.

—¡Le ha hecho polvo el coche, Mike! —observó Judy.

—No se preocupe, lo tengo asegurado a todo riesgo —repuso el detective—. Lo importante es que no nos pilló a nosotros dentro.

—¡Vayámonos de aquí, Mike! —rogó Jenny—. ¡La bestia podría...!

—Le reventé los ojos, está ciega. No creo que pueda encontrarnos. De todos modos, estoy de acuerdo en que lo mejor es dejar la colina. Ese monstruo, aunque ciego, sigue siendo muy peligroso.

—¡Y tan peligroso! —convino Judy.

—¡Corramos de nuevo, Jenny! —indicó Mike Andrews.

Jenny Kopell no se hizo repetir la orden.

CAPÍTULO 8

D

ESCENDIERON de la colina sin detenerse ni una sola vez.

Tampoco se detuvieron al llegar abajo.

Siguieron corriendo por el estrecho camino de tierra hasta que Jenny Kopell, totalmente extenuada, se soltó de la mano del detective y se dejó caer al suelo, de rodillas.

—No... no puedo más, Mike... —jadeó, el rostro cubierto de sudor.

—Sí, también yo estoy cansado... —resolló el detective, igualmente sudoroso.

—Descansemos unos minutos, Mike —sugirió Judy Axley, a quién le dolía todo el cuerpo, pues el «galope» del detective había sido de lo más brioso.

—La dejaré en el suelo.

Mike se agachó y Judy apoyó el pie sano en el suelo, manteniendo el otro en alto. Ayudada por el detective, se sentó en el camino.

—¿Cómo va ese tobillo? —se interesó él, sentándose también en el suelo.

Judy se lo miró.

—Lo tengo muy hinchado.

—¿Le duele?

—Un poco.

—Tendrá que vérselo un médico.

—Sí, supongo que sí.

Mike miró a su cliente.

—¿Cómo se siente usted, Jenny?

—Con el terror metido en el cuerpo todavía —respondió la joven.

—Ahora ya sé que no puedo morir de miedo —suspiró Judy Axley—.

Si no me he muerto hoy, con el que he pasado...

Mike Andrews sonrió.

—Si lo llega a saber, no viene, ¿eh, Judy?

—¡Desde luego que no!

—Yo ya me veía despedazada por la bestia, como Andy y Bonnie... —musitó Jenny.

—¡Y yo! —exclamó Judy—. Fue usted muy valiente, Mike —dijo, mirando al detective.

—A la fuerza ahorcan, Judy —repuso él.

—No sea modesto. Hizo usted frente a la bestia con una bravura que... Y con mucha inteligencia, además. Si no llega a dispararle a los ojos...

—Ese era su punto débil, sí. Las balas que le dirigí al pecho, solo le hicieron cosquillas.

—¿Qué cree que hará la bestia ahora, Mike? —preguntó Jenny.

—No lo sé. Volver, tal vez, a...

—¿Adónde, Mike?

El detective encogió los hombros.

—Eso quisiera saber yo, Jenny.

—Parece un gorila gigantesco... —dijo Judy.

—Pero no lo es —rechazó Mike—. No tiene cara de gorila.

Ni piernas de gorila. Yo diría que...

—¿Qué, Mike? —inquirió Jenny, al ver que el detective vacilaba.

—Nada, es una tontería.

—Diga lo que piensa, Mike —rogó Jenny.

—Sí, por favor —insistió Judy, igualmente interesada en conocer los pensamientos del detective.

—Se reirán ustedes de mí.

—¿Por qué íbamos a reírnos? —preguntó Jenny.

—Porque lo que pienso es bastante absurdo.

—Dígalo de una vez, Mike —pidió Judy.

—Está bien. Pero a la primera que se ría, le doy un beso que la dejo tonta —amenazó el detective.

—¡Huy! ya siento deseos de reír —exclamó la pelirroja, sonriendo pícaramente.

—Atrevida —dijo Jenny, ceñuda.

—Solo era una broma, mujer...

—¿Seguro?

—¿Es que van a ponerse a discutir ahora? —intervino Mike.

—Hable, Mike —rogó Jenny, desentendiéndose de la pelirroja.

—Sí, por favor —dijo Judy, mirándole también.

Mike Andrews se rascó detrás de la oreja.

—Bien, pues a mí me parece que la bestia... es un hombre.

Jenny Kopell y Judy Axley respingaron a dúo.

—¿Un hombre...? —repitieron las dos a la vez.

—Sí. Mucho más alto, mucho más corpulento, mucho más feo, y mucho más peludo, pero... un hombre al fin. Lo que ya dudo es que sea terrestre.

Jenny y Judy abrieron mucho los ojos.

—¿Piensa que puede ser un extraterrestre...? —balbuceó la primera.

—¿Un... un ser de otro mundo...? —tartamudeó la segunda.

—De este, desde luego, no parece —respondió Mike—. Aunque, también podría ser un hombre terrestre, que hubiese sufrido una seria transmutación, por causas que nosotros desconocemos.

Jenny y Judy se miraron, pero ninguna de las dos despegó los labios. Parecían estar meditando las palabras del detective.

Este se puso en pie y dijo:

—Debemos ponernos en marcha, señoritas. Hemos de llegar a Salem cuanto antes e informar de todo a la policía. ¿Se encuentran con ánimos para continuar?

—Desde luego —respondió Jenny Kopell, levantándose.

—Arriba, Judy —indicó Mike, ofreciendo su mano a la pelirroja.

—¿Va a cargar de nuevo conmigo, Mike? —preguntó ella.

—Sí, pero ahora la llevaré en brazos. Sena más cómodo para usted.

—Y más pesado para usted —observó Jenny, a quién no parecía complacerle demasiado que el detective tomara en brazos a la atractiva Judy Axley.

—Cuando me canse, la llevaré a la espalda —repuso Mike—. O me la echaré al hombro —bromeó—. Vamos, Judy —sonrió, cogiendo en brazos a la pelirroja.

—Cuántas molestias le estoy causando, Mike... —dijo ella, cogiéndose de su cuello.

—No se preocupe.

Mike Andrews echó a andar.

Jenny Kopell también, sin desfruncir el ceño.

* * *

No se tropezaron con ninguna persona ni vehículo por aquel camino de tierra.

Al llegar a la carretera, sí.

Uno de los coches, al ver a un hombre llevando en brazos a una joven, y acompañado de otra, se detuvo aun antes de que Mike Andrews le hiciera indicación alguna.

—¿Qué les ha ocurrido, amigos? —preguntó el tipo que conducía el automóvil, un hombre de mediana edad, grueso y casi calvo.

—Esta joven se ha torcido un tobillo —explicó Mike.

—Oh, cuánto lo siento...

—¿Podría llevarnos a la ciudad?

—Desde luego. Suban ustedes.

—Muchas gracias.

Mike dejó a Judy en el asiento de atrás.

Jenny se sentó al lado de la pelirroja.

El detective lo hizo delante, junto al calvo.

Este puso el vehículo en marcha nuevamente.

Segundos después, preguntaba:

—¿Cómo se lastimó el tobillo, señorita?

—Pisé un hoyo, cuando huía del sobrino de King-Kong —respondió

Judy.

El calvo respingó en el asiento.

—¿El sobrino de quién...?

—De King-Kong.

—No le haga caso, bromea —tosió Mike.

—Es casi tan grande como su tío. ¡Pero mucho más fiero! —dijo Judy.

El calvo miró a Mike.

—¿Sigue bromeando, verdad? —murmuró.

—Sí —sonrió el detective.

—Qué chica tan simpática.

—Tiene más pelo que una fábrica de mantas —habló nuevamente Judy.

—¿Se está burlando de mí, señorita...? —exclamó el tipo gordo, creyendo que la pelirroja se mofaba de su calvicie.

—¡Oh, no! —rio Judy, llevándose una mano a la boca.

Jenny Kopell tampoco pudo contener la risa.

Ni Mike, quien aclaró:

—Judy se refería al sobrino de King-Kong.

—¡Oh! —exclamó el calvo, y también él se echó a reír alegremente—.

¡Esta joven es tremenda!

Judy Axley no volvió a hablar del sobrino de King-Kong, como ella llamaba al monstruoso ser de la colina, ni el calvo a hacer más preguntas sobre el accidente sufrido por la bella pelirroja.

Minutos después, llegaban a Salem.

—¿Dónde quieren que les deje, amigos?

—318 de Fulton Avenue, por favor —rogó Mike.

El calvo les llevó hasta allí.

—Ha sido usted muy amable —dijo Mike, cuando ya el coche se hubo detenido.

—Me gusta ayudar a la gente —sonrió el calvo.

—Gracias por traernos.

—No hay de qué.

Mike se despidió del calvo y descendió del coche.

Tomó de nuevo en brazos a Judy Axley y echó a andar hacia el portal del edificio de apartamentos en donde vivía la pelirroja, seguido de Jenny Kopell.

—¡Recuerdos al sobrino de King-Kong! —dijo el calvo, riendo.

—¡De su parte! —respondió Judy, quien a continuación rezongó—: El tipo se ha convencido de que todo era una broma.

—Mejor así —dijo Mike—. No conviene alarmar a la gente hablándoles de ese espantoso ser. ¿Mantendrá usted la boca cerrada, Judy?

—Si usted me lo pide...

—Se lo ruego, más bien.

—Entonces, no diré una palabra a nadie.

—Buena chica.

Entraron los tres en el edificio.

El portero respingó cómicamente al ver a Judy Axley en brazos del hombre que aquella misma mañana le había preguntado cuál era el apartamento de la joven.

—¡Señorita Axley! ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada serio, Tom, no se alarme. Es una simple torcedura de tobillo. ¿Quiere llamar a un médico, por favor? —rogó ella.

—¡Enseguida!

—Gracias, Tom.

Mike subió a Judy a su apartamento y la dejó en el sofá del *living*.

—Bien, nosotros tenemos que irnos, Judy —dijo el detective.

—Lo comprendo.

—Por la tarde volveremos, a ver qué tal va ese tobillo —prometió Mike.

—Ya informarme del qué ha pasado con la bestia.

—También.

—Les estaré esperando con viva impaciencia, Mike.

—Lo sé. Hasta la tarde, Judy.

—Adiós. Y gracias por todo.

—Gracias a usted, por habernos llevado a la colina.

—Que se mejore, Judy —dijo Jenny Kopell, sonriendo con suavidad.

—Gracias, Jenny —respondió la pelirroja, devolviéndole la sonrisa.

Mike Andrews y Jenny Kopell abandonaron el apartamento de Judy Axley, tomaron un taxi, y se dirigieron al Departamento de Policía.

CAPÍTULO 9

E

El teniente Barry Clutter, un hombre de unos treinta y ocho años de edad, no excesivamente alto, pero sí muy corpulento, de rostro duro y mirada severa, escuchaba atentamente el relato de Mike Andrews.

Sin alterar su expresión en ningún momento.

Pestañeando muy de tarde en tarde.

Cuando el detective privado dejó de hablar, concluido su relato, el teniente Clutter se quitó el cigarro de la comisura izquierda de la boca y preguntó:

—¿Eso es todo, Andrews?

—¿Le parece poco, teniente? —repuso Mike, viejo conocido de Barry Clutter, a quién había hecho rabiar en más de una ocasión, razón por la cual el teniente Clutter no le tenía demasiada simpatía.

—¿De verdad quiere que le diga lo que me parece, Andrews? —inquirió Barry Clutter.

—Sí, claro —asintió Mike.

—Una historia ridícula.

El detective privado se rascó la mejilla.

—Bueno, admito que no es fácil de creer, pero es la verdad, teniente.

La señorita Kopell puede corroborarlo.

Jenny Kopell, que estaba sentada al lado de Mike Andrews, confirmó:

—Todo lo que le ha contado el señor Andrews es cierto, teniente Clutter. Andy Blocker y Bonnie Smith fueron asesinados por ese monstruoso ser, horriblemente despedazados. Y nosotros estuvimos a punto de seguir su suerte.

—Señorita, yo no dudo de que Andy Blocker y Bonnie Smith fuesen atacados en esa colina por un animal salvaje —repuso Barry Clutter—. Sus cuerpos destrozados son buena prueba de ello. Ahora bien, de eso, a creer que les dio muerte un monstruo gigantesco, lleno de pelo, de quien Mike Andrews piensa que puede ser un hombre que ha sufrido una seria transmutación, incluso que puede ser un extraterrestre, medía un abismo.

—Sí, eso es lo que yo pienso, teniente —insistió Mike.

—Pues yo no puedo admitirlo, lo siento. Si me hubiesen dicho ustedes

que fueron atacados en la colina por un oso, un gorila, o un...

—No se parecía a ningún animal conocido, teniente —le interrumpió Mike—. Es más, solo tiene de animal el pelo que cubre totalmente su cuerpo.

—¡Usted ha dicho que daba rugidos! —recordó el teniente Clutter, perdiendo la calma por primera vez.

—Y es cierto.

—Unos rugidos espantosos —corroboró Jenny Kopell.

—¡Solo los animales rugen! —observó Barry Clutter, dando una palmada en la mesa.

Mike Andrews no replicó.

Comprendía que su historia tenía mucho de fantástica.

Probablemente él tampoco la hubiera creído, si alguien se la hubiese contado.

Era algo que había que ver con los propios ojos de uno para creerlo.

El teniente Clutter se pasó la mano por la cara y, más tranquilizado, dijo:

—Bien, creo que lo mejor será ir a esa colina y dar caza a ese extraño y fiero animal.

—Estoy de acuerdo, teniente —respondió Mike.

—¿Nos acompañará usted a la colina, Andrews?

—Desde luego. Quiero ver qué cara pone, cuando se encuentre con ese horrible ser —sonrió Mike.

Barry Clutter soltó un gruñido y se puso en pie.

—En marcha, Andrews —masculló, cogiendo su chaqueta.

Mike y Jenny se levantaron de sus respectivas sillas.

Salieron los tres del despacho del teniente Clutter.

Mientras Barry Clutter daba instrucciones a los hombres que iban a acompañarles a la colina, el detective privado dijo a su cliente:

—Usted coja un taxi y vuelva a casa, Jenny.

El rostro de la joven denotó preocupación.

—¿Por qué quiere volver a la colina, Mike?

—Para ver la cara que pone el gruñón del teniente Clutter cuando vea al monstruo, ya lo ha oído —sonrió el detective.

—Eso es una tontería.

—Tal vez.

—No vaya, Mike —rogó la joven.

—Quiero ir, Jenny.

—¿Por qué arriesgar su vida de nuevo?

—Esta vez no hay ningún peligro. El teniente Clutter se lleva media docena de hombres, armados convenientemente. Además, el monstruo está ciego. Hasta es posible que nos lo encontremos muerto en la colina.

Depende del daño que le hicieran las dos balas que le metí por los ojos.

—Mike, yo le contraté para que buscara a Bonnie Smith, y eso ya lo logró. Deje que sean el teniente Clutter y sus hombres los que den caza al monstruo.

—Ellos lo harán. Yo me limitaré a observar cómo lo matan, si es que aún está vivo.

—Sigo pensando que es una tontería arriesgarse.

—Y yo le repito que esta vez no hay peligro. De todos modos, le agradezco que se preocupe usted por mí. Porque está preocupada, ¿verdad?

—Claro que lo estoy.

—Me alegro.

—¿Qué se alegra...?

—Bueno —el detective se pellizcó un lóbulo—, es evidente que si usted teme por mí vida, es porque siente afecto por mí, y eso me complace, porque también yo se lo he tomado a usted, Jenny.

Jenny Kopell sonrió levemente.

—Tenga mucho cuidado, Mike. ¿Lo hará?

—Se lo prometo.

—¿Vendrá a verme cuando vuelva de la colina?

—¡Seguro! Tengo que pasarle la factura... —bromeó el detective.

—No apriete demasiado a la hora de fijar sus honorarios, Mike. Ya sabe que soy una chica de economía modesta.

—Lo tendré en cuenta, no se preocupe —prometió él.

—Gracias.

Mike Andrews tomó del brazo a la joven, la sacó del Departamento de Policía, y la acompañó hasta la parada de taxis.

Jenny Kopell se introdujo en uno y dio su dirección al taxista:

—243 de Faye Street.

—Bien, señorita —respondió el taxista, poniendo el motor en marcha.

La joven asomó la cabeza por la ventanilla.

—Adiós, Mike.

—Hasta luego, Jenny.

El taxi se puso en movimiento.

Mike Andrews despidió a la joven con la mano y regresó al Departamento de Policía.

No llegó a entrar.

El teniente Clutter y sus hombres ya salían de él, armados estos con fusiles especiales, de gran calibre.

—Vámonos, Andrews —gruñó Harry Clutter.

—Sí, teniente —sonrió Mike.

Se introdujeron todos en dos coches.

Mike se acomodó en el asiento trasero de uno de ellos, junto al teniente

Clutter.

Ambos vehículos se pusieron en marcha.

En dirección a «La colina del horror».

CAPÍTULO 10

L

OS dos coches de la policía se detuvieron al pie de la colina.

El teniente Clutter creyó conveniente subir a pie.

Descendieron todos de los vehículos e iniciaron el ascenso a la colina.

La media docena de hombres que acompañaban al teniente Clutter llevaban los fusiles especiales prestos para ser utilizados y mantenían los ojos bien abiertos.

Barry Clutter no les había hablado de monstruos, de hombres gigantes transmutados, ni de extraterrestres. Les había dicho, simplemente, que un extraño animal, de gran tamaño y piel muy dura, había matado, destrozándolas, a dos personas en aquella colina: un hombre y una mujer.

Su misión era cazar a aquel fiero animal.

Continuaron el ascenso.

El teniente Clutter y Mike Andrews iban en medio de los seis policías, que formaban una especie de círculo en torno a ellos.

Lógico, teniendo en cuenta que el teniente solo iba armado con una pistola de calibre 38, al igual que el detective privado, que había recargado la suya en el coche de la policía, con cartuchos facilitados por el propio Barry Clutter.

Llegaron a lo alto de la colina sin ver ni oír nada.

Allí ya empezaron a ver cosas.

El «Pontiac» verde de Andy Blocker continuaba volcado ruedas arriba junto a un árbol.

El «Buick» azul de Mike Andrews, prácticamente triturado, se hallaba a unos veinte metros del «Pontiac».

Sin embargo, el gigantesco y peludo ser no se veía por ninguna parte.

Pero había algunas gotas de sangre en el suelo.

Una sangre espesa, muy roja.

—Observe esas manchas de sangre, teniente —indicó Mike.

—¿Son del animal? —preguntó Clutter.

—Seguro. Le reventé los ojos, ya se lo dije.

—Bien. Las manchas de sangre nos llevarán hasta él.

—Esperemos que sí.

Barry Clutter volvió a fijarse en el destrozado automóvil del detective privado.

—¿Cómo pudo ese animal...? —murmuró.

—Tiene una fuerza descomunal, teniente. Después de machacar el «Buick» a golpes, lo levantó por encima de su cabeza, como si levantara el cochecito de un bebé, y lo lanzó por los aires a muchos metros de distancia —explicó Mike—. Algo aterrador, de verdad.

Clutter miró al detective y gruñó:

—¿Pretende asustarme, Andrews?

—Oh, no, teniente —sonrió Mike—. Yo sé que usted es un hombre muy valiente, que no se asusta por nada.

—No sonría de esa forma, ¿quiere? —barbotó Clutter.

—¿Qué le pasa a mí sonrisa? —preguntó Mike, tocándose los labios.

—Es irónica, sarcástica, burlona, socarrona, cínica, y no sé cuántas cosas más, todo a la vez.

Mike tosió.

—Teniente, yo...

—Usted límitese a responder cuando yo le pregunte, será lo mejor.

—Eso es lo que he hecho hasta ahora, ¿no?

—¡Y no sonría!

Mike borró instantáneamente la sonrisa de su boca.

—Ya estoy serio como un funeral, teniente —dijo, con un brillo irónico en las pupilas.

Vamos, que había dejado de sonreír con la boca, pero ahora sonreía con los ojos.

Barry Clutter masculló una imprecación y echó a andar.

Mike Andrews fue tras él, conteniendo la risa.

Trataron de seguir las manchas de sangre dejadas por el monstruo.

De pronto, uno de los agentes se agachó y recogió algo del suelo.

Algo que produjo un tintineo.

—Mire esto, teniente Clutter —dijo, acercándose a su superior.

—¿Qué es? —inquirió Barry Clutter.

—Parecen las llaves de un coche.

—¿Me permiten? —rogó Mike, cogiéndolas antes de que pudiera hacerlo el teniente Clutter, lo cual irritó a este, aunque no dijo nada—. Sí, son las llaves de un coche —confirmó—. Las del mío.

—¿De veras? —dijo el agente, sonriendo.

El detective privado miró a Barry Clutter.

—Teniente, ¿recuerda que le dije que alguien cogió las llaves de mi coche mientras las chicas y yo buscábamos a Andy Blocker y Bonnie Smith?

—Sí —gruñó Clutter.

—Debió arrojarlas lejos, para que no pudiéramos encontrarlas. Recuerdo que dejé el «Buick» allí —Mike señaló el sitio exacto con el brazo.

—¿Y quién pudo quitarle las llaves? —inquirió Clutter.

—El monstruo, eso es evidente. El animal, como usted quiere que lo llame —carraspeó Mike.

—Y así seguirá llamándolo, mientras no se demuestre que es otra cosa —masculló Barry Clutter.

—Como quiera, teniente. Pero observe si ese «animal» es inteligente: nos quitó las llaves del coche para que no pudiéramos huir con él. Vamos, que es un animal con inteligencia de hombre...

—¡No lo admitiré hasta que no se demuestre! —rugió Clutter, descargando un patadón en el suelo.

Mike Andrews dio un saltito hacia atrás.

—Cuidado, teniente. En el pie izquierdo tengo un juanete, y si me lo pisara usted, vería todas las estrellas del firmamento y hasta puede que algún satélite ruso o americano.

Barry Clutter estuvo a punto de soltar una palabrota de descargador de muelles, pero en el último instante logró contenerse y no la dejó ir.

—¡Sigán buscando, muchachos! —ordenó, dando la espalda bruscamente al detective privado.

Los agentes obedecieron, riendo disimuladamente.

Un par de minutos después, uno de ellos encontraba otras llaves.

—Del «Pontiac» verde, seguro —adivinó Mike Andrews, quien, esta vez, no pudo cogerlas, pues el teniente Clutter se le anticipó, arrebatándoselas de un zarpazo prácticamente al agente que las había hallado—. El «animal» —pronunció la palabra con acento irónico, como antes, para pinchar a Clutter— debió hacer lo mismo con Andy Blocker y Bonnie Smith que con nosotros: quitarles las llaves del coche para que no pudieran huir. ¿Cómo sabrá ese «animal» que un coche no puede ponerse en marcha si no se acciona la llave de contacto, teniente...?

Barry Clutter lanzó un gruñido por toda respuesta y ordenó a sus hombres que siguieran buscando manchas de sangre.

Éstas, casualmente, les condujeron al lugar en donde yacían los restos de Andy Blocker.

El teniente Clutter y sus hombres, pese a estar acostumbrados a encontrarse con cadáveres más o menos destrozados, acusaron visiblemente la estremecedora visión.

—Qué espanto... —musitó Barry Clutter.

Mike Andrews no hizo ningún comentario.

En esta ocasión, no era necesario.

La escena hablaba por sí sola.

El teniente Clutter, dominando sus náuseas, indicó a sus hombres que siguieran hacia adelante.

Poco después se encontraban con el cuerpo despedazado de Bonnie Smith.

Fue ya demasiado para sus estómagos, todavía encogidos por la visión anterior, y tres de los agentes se apartaron unos metros y vomitaron.

El teniente Clutter, pálido como un muerto, ordenó seguir.

Unos veinticinco metros más allá, encontraron a un hombre tendido en el suelo.

De bruces.

Completamente desnudo.

Tenía una herida leve en el dorso de la mano izquierda.

Bajo su cara, se había formado un charco de sangre.

Una sangre espesa, muy roja.

El teniente Clutter intercambió una mirada con Mike Andrews.

Ninguno de los dos habló.

Finalmente, Barry Clutter se inclinó y tocó el cuello del hombre desnudo.

—Está muerto —informó.

—Dele la vuelta, teniente —indicó Mike.

Clutter lo hizo.

Un gemido de horror escapó de la garganta del curtido teniente Clutter, al observar el rostro de la víctima.

—Cielo santo... —musitó Mike Andrews, apartando la mirada de la cara ensangrentada del hombre desnudo.

Lo mismo hicieron los seis agentes que empuñaban fusiles especiales, igualmente horrorizados.

No era para menos.

El hombre desnudo tenía los ojos reventados.

De sendos balazos, al parecer.

Su expresión era lo más horrible que se podía imaginar.

Barry Clutter se irguió lentamente y se cubrió la cara con una mano.

—Qué horror, Dios mío... —dijo, con voz apagada.

Mike Andrews le miró, el rostro falto de color.

—¿Se convence ahora, teniente Clutter?

Barry Clutter bajó la mano.

—¿De qué?

—Mi teoría no era tan descabellada.

—¿A qué teoría se refiere?

—Le dije que el monstruoso ser que nos atacó podía ser un hombre que hubiese sufrido una seria transmutación... o un extraterrestre.

—¿Y...?

—Lo primero... se ha confirmado.

—¿Usted cree?

—El cadáver de este hombre desnudo, con los ojos reventados de sendos balazos, lo demuestra. «El» era el monstruo. Yo le disparé a los ojos. Yo lo herí de muerte. Yo le maté, en suma...

Barry Clutter sacudió la cabeza.

—Sigo sin poder admitirlo, Andrews. Es demasiado... fantástico.

—Será todo lo fantástico que usted quiera, pero es también un hecho real y probado. Observe el dorso de la mano izquierda de este hombre — indicó Mike.

—Ya lo hice antes. Tiene una pequeña herida...

—Yo sé la causé, con mi sexta bala. Le di en la mano porque él se las había llevado las dos a los ojos, reventados ya por mis balas cuarta y quinta. La piel de su mano era tan dura que la bala solo le hirió levemente. Sus ojos, en cambio, eran mucho más débiles, y no pudieron impedir el paso de las balas. Afortunadamente para las chicas y para mí, claro.

El teniente Clutter se pasó la mano por el cabello, nerviosamente.

—Maldita sea, Andrews... Me está confundiendo usted con sus teorías de ciencia-ficción.

—Ríndase a la evidencia, teniente. Las pruebas son muchas y muy claras. Este hombre que yace muerto en el suelo, completamente desnudo, se transformó, no sabemos cómo ni por qué, en un ser gigantesco, lleno de pelo, de fuerza, y de instintos asesinos. Atacó y despedazó, hace dos noches, en esta colina, a Andy Blocker y Bonnie Smith. Y esta mañana nos atacó a Jenny Kopell, a Judy Axley y a mí.

Barry Clutter se apretó las sienes.

—Mi cabeza va a estallar de un momento a otro, Andrews...

—Me hago cargo, teniente —sonrió Mike, esta vez, sin el menor asomo de ironía—. No piense más en ello por ahora, será mejor. Cuando en el laboratorio del Departamento efectúen los análisis y las exploraciones oportunas, quedará todo más claro todavía. Se demostrará, por ejemplo, que todas las manchas de sangre que nos han llevado hasta aquí, fueron dejadas por este hombre. Se encontrarán, también, las dos balas que yo le envié al monstruo en el interior de su cabeza. Se demostrará, asimismo, que la leve herida que tiene en el dorso de la mano izquierda, fue producida por una bala. Por mí última bala. Y, tal vez, se encuentre también alguna extraña sustancia en su organismo; alguna especie de droga, desconocida y poderosa, capaz de transformar a un hombre normal y corriente en un ser enorme y monstruoso, sediento de sangre...

El teniente Clutter asintió levemente con la cabeza.

—Se hará todo eso, Andrews.

—Habrá que averiguar también la identidad del sujeto. Saber quién era, y a qué se dedicaba, ayudará a resolver el enigma de su transformación.

—Desde luego.

Mike Andrews miró una vez más el cadáver del hombre desnudo.

—Al morir, debió recuperar la normalidad...

—Sí —murmuró Clutter, como si ya admitiera la teoría del detective privado.

Mike dio un suspiro.

—Bien, teniente. Creo que nosotros ya no tenemos nada que hacer aquí. El trabajo, ahora, es para los del laboratorio.

—Sí, tiene razón —asintió Barry Clutter, pálido todavía.

CAPÍTULO 11

M

IKE Andrews subió a su oficina.

Le extrañó que la puerta no estuviera cerrada con llave, pues, por la hora que era, algo más de las dos de la tarde, Romy Seaton, su secretaria, no debía estar en la oficina, sino en su casa, comiendo.

Bueno, quizá se había quedado un rato más, para terminar algún trabajo. O se había olvidado de cerrar con llave.

Mike entró en su oficina.

La luz de la antesala de su despacho estaba encendida.

Sin embargo, Romy no estaba allí.

Debía de estar en el despacho.

Mike fue hacia allí, abrió la puerta, y entró.

Se llenó de perplejidad al ver, tendida de espaldas en el sofá, a su secretaria, y sobre ella, a un individuo cuya espalda podría servir de frontón.

Sí.

Era una espalda enorme, repleta de músculos, que se destacaban a través de la camisa del tipo, muy ceñida.

Por un instante, el detective privado creyó que su secretaria, cuyo vestido yacía en el suelo, junto al sofá, estaba siendo atacada por aquel grandullón, y se dispuso a saltar sobre él.

Pero no lo hizo.

Se dio cuenta de que a Romy le complacía que el tipo la besase, la tocase, y la mordiese.

Aunque fuese a lo bruto.

La secretaria tenía los ojos cerrados y gemía de vez en cuando de placer.

Por eso no vio a su jefe.

Tampoco lo vio el individuo de espalda gigantesca.

Tenía la cabeza materialmente hundida en el pecho de la complaciente Romy Seaton, y estaba demasiado atareado besando y mordiendo cosas por aquella zona como para darse cuenta de la presencia de nadie.

Mike Andrews dudó entre dejarse oír y poner fin al «banquetazo» que

se estaba dando el tipo corpulento, con el pleno consentimiento de Romy, o salir de puntillas del despacho y largarse silenciosamente de su oficina, permitiendo que su secretaria y el tipo acabasen tranquilamente lo que, evidentemente, no había hecho más que empezar.

Sus dudas se disiparon totalmente cuando oyó susurrar a Romy, con dulce expresión:

—Oscar...

Mike Andrews respingó nerviosamente.

¡Oscar!

¡Romy había llamado Oscar al tipo!

¡Era su novio!

¡El boxeador!

¡El peso pesado!

¡Oscar «Martillo Pilón»!

¡El bestia que mandó al hospital a Joe «Trilita», el campeón de Montana!

El detective se dijo que a lo mejor también lo mandaba a él, si reparaba en su inoportuna presencia, así que decidió largarse sin decir esta boca es mía.

Si lo decía, se quedaba sin boca, seguro.

Y él necesitaba su boca para comer.

Y para besar a Jenny Kopell.

Sí.

Todavía no había saboreado los tentadores labios de la camarera del «Sexy Club».

No había tenido ocasión.

Pero esperaba tenerla aquella misma tarde.

Mike Andrews se puso de puntillas y avanzó, silencioso como un puma y encogido como un mono, hacia la puerta.

Ya tenía el pomo entre sus dedos, cuando oyó exclamar a Romy:

—¡Mike...!

El detective respingó con tanta fuerza, que casi arrancó el pomo de la puerta.

Miró a su secretaria.

Ella también le miraba a él, con ojos agrandados por la sorpresa.

Oscar «Martillo Pilón» levantó la cabeza del pecho de su novia y la volvió hacia el detective privado.

Lo miró de un modo que...

Lógico.

A nadie le gusta que le interrumpan en un momento así.

Mike quiso sonreír, pero solo logró una mueca.

Romy Seaton, saliendo de su sorpresa, se apresuró a cubrir sus senos

con el desabrochado sujetador y exclamó:

—¡Levántate, Oscar!

—¿Es tu jefe? —inquirió el boxeador, con voz de tubo de escape.

—¡Sí!

—Dijiste que no aparecería por aquí hasta la noche...

—¡Eso pensaba yo! ¡Vamos, Oscar, aparta!

—Maldita sea... —rezongó Oscar «Martillo Pilon», poniéndose en pie.

Romy Seaton se abrochó el sujetador en un santiamén atrapó su vestido, y se lo enfundó rápidamente, pues sus dos prendas íntimas eran muy diminutas y tapaban muy poco.

Después, fue hacia el detective privado, lo cogió del brazo y lo llevó hacia donde se encontraba su novio.

—Mike, te presento a Oscar, mi novio... —dijo, muy nerviosa.

El detective forzó una sonrisa y extendió su mano hacia el boxeador.

—Encantado, Oscar.

—Hola —gruñó «Martillo Pilon», estrechándole la mano.

Triturándosela, más bien.

A Mike casi se le escapó un quejido.

Romy explicó:

—Oscar sale dentro de un rato para California. Tiene que disputar un combate en San Francisco, dentro de unos días. Me telefoneó para despedirse, y como tú me dijiste que estarías ocupado el resto del día, se me ocurrió decirle que viniera aquí y se despidiera personalmente de mí. De haber sabido que tú ibas a volver antes de la noche, no me hubiera atrevido a...

—No tiene importancia, Romy. Lo único que siento es haberos interrumpido. Pero no os preocupéis, tengo que irme ya. Podéis acabar de despediros en mi despacho —autorizó el detective, mirando al elefante de Oscar.

—¿De veras que no te importa, Mike...? —exclamó ella.

—Claro que no.

—Qué comprensivo eres.

—¿Contra quién pelea en San Francisco, Oscar? —preguntó Mike.

—Contra Fred «Puños de Hormigón» —respondió el boxeador.

—Oh, es un serio rival...

—Sí, pero yo lo mandaré al hospital.

—No lo dudo, Oscar —carraspeó Mike—. Usted es el mejor.

—Llegaré a ser campeón del mundo.

—Seguro.

Mike Andrews, aun sabiendo que iba a dolerle de nuevo, ofreció su mano al boxeador.

—Ha sido un placer, Oscar.

—Lo mismo digo —repuso «Martillo Pilón», aunque su cara parecía desmentir sus palabras, y prensó nuevamente la diestra del detective.

La sonrisa de Mike se transformó en una mal contenida mueca de dolor. Cuando el mamut de Oscar le soltó la mano, se despidió de su secretaria:

—Hasta la noche, Romy.

—Adiós, Mike. Y gracias por cedernos tu despacho —sonrió ella.

—Es todo vuestro —dijo el detective, y salió de su despacho, con la mano derecha convertida en gelatina.

Romy Seaton se volvió hacia el bruto de su novio y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Has visto que jefe tan amable y tan simpático tengo, Oscar?

—Demasiado apuesto —gruñó el púgil.

—¿Por qué dices eso?

—Podrías enamorarte de él.

La secretaria de Mike Andrews se echó a reír.

—No digas tonterías, Oscar. Yo ya estoy enamorada: de ti —repuso, pegándose a él como una lapa.

—¿No me la pegarás con tu jefe mientras yo esté en San Francisco?

—¡Oscar! —exclamó Romy, ofendida.

—Sí lo hicieras, os mandaría al hospital a los dos —advirtió «Martillo Pilón».

Romy Seaton le sonrió turbadoramente.

—Yo solo seré tuya, Oscar. Siempre tuya —prometió, y le besó apasionadamente.

Instantes después, se hallaban nuevamente tendidos los dos en el sofá, tal y como les sorprendiera el detective privado.

Y, esta vez, no les interrumpió nadie.

* * *

Jenny Kopell se hallaba bajo la ducha, cuando oyó sonar el timbre de su apartamento.

Cerró rápidamente la llave del agua, atrapó la toalla, y procedió a secarse el cuerpo.

Lo hizo apresuradamente.

Después, se enfundó la bata, metió los pies en las zapatillas de goma, se despojó del gorro de baño, y salió corriendo del cuarto de baño.

Adivinaba que era Mike Andrews el autor de la llamada.

No se equivocó.

—¡Mike! —exclamó, el rostro radiante de alegría.

—¿Qué tal, Jenny? —sonrió el detective.

—Pase, por favor.

—Gracias.

Mike Andrews entró en el apartamento de la camarera del «Sexy Club», modesto, pero limpio y aseado.

—Me ha pillado usted en la ducha —explicó la joven, para justificar su aspecto...

—Oh, cuánto lo siento...

—No se preocupe. Ya estaba a punto de salir.

—¿De veras?

—Sí. Tome asiento, Mike.

—Usted primero, Jenny —respondió cortésmente el detective.

Jenny Kopell se sentó en el diván.

Al hacerlo, la bata se le abrió y dejó ver sus torneados muslos.

Los ojos de Mike Andrews se posaron rápidamente allí.

La joven, dándose cuenta, cerró su bata y rogó:

—Siéntese, Mike, y Cuéntemelo todo.

El detective tomó asiento junto a la muchacha y le habló del hombre desnudo que habían hallado en la colina, muerto, con los ojos reventados de sendos balazos y una leve herida en el dorso de la mano izquierda.

Le habló, también, de lo que él pensaba al respecto.

—Es increíble, Mike... —musitó Jenny, pálida.

—Ya verá cómo los informes del laboratorio me dan la razón.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Tal vez esta misma tarde. El teniente Clutter prometió llamarme tan pronto como los informes estén en su mano.

—¿A su despacho?

—Sí. Pero le di también su número de teléfono y el de Judy Axley, por si acaso no me hallo en mi oficina cuando telefonee.

Jenny Kopell sonrió suavemente.

—¿Me ha traído la factura, Mike?

—Sí —respondió el detective.

—¿Cuánto le debo?

—Quinientos dólares.

La joven no pudo contener un respingo.

—¿Quinientos dólares...?

—¿Le parece mucho?

—Pues, sí...

—Soy el mejor detective privado de Salem, Jenny —recordó Mike, centrándose presuntuosamente el nudo de la corbata.

—Lo sé. Pero...

—No dispone de quinientos dólares, ¿verdad?

—No... —confesó ella, bajando la mirada.

—Bueno, no se preocupe. Le aplicaré el descuento que suelo conceder

a las chicas bonitas que andan escasas de fondos.

—¿Qué descuento es ese, Mike?

—El importe de la factura se reduce a la mitad si la chica bonita y escasa de fondos accede a darme un beso.

Jenny Kopell se ruborizó ligeramente.

—¿Pretende tomarme el pelo, Mike?

—Le juro que no.

—¿Quiere decir que si yo...?

—Si usted me da un beso, solo tendrá que pagarme doscientos cincuenta dólares.

—Sigue siendo mucho para mí...

—Pues deme dos besos, y ya solo me deberá ciento veinticinco dólares. Y si me da tres, solo me deberá sesenta y dos dólares con cincuenta centavos. La cantidad resultante se va partiendo por la mitad a cada beso, como verá.

La joven enrojeció más.

—Esto me huele a chantaje, Mike.

—¿Por qué?

—Me pone usted entre la espada y la pared, ¿no le parece?

—Solo trato de ayudarla, Jenny. He realizado un trabajo para usted, y como usted anda escasa de dinero, le ofrezco el modo de pagarme mi trabajo sin tener que desembolsar un solo dólar.

—A besos...

—Sí.

—¿Y cuántos tendría que darle?

—No he sacado la cuenta, pero calculo que siete u ocho, por lo menos.

—¿No le parecen demasiados?

—A mí me parecerán pocos, estoy seguro.

—Qué granuja es usted, Mike.

—¿Acepta, Jenny? —preguntó el detective, sonriendo.

—Qué remedio... —respondió ella, dando un suspiro.

—Magnífico. Venga el primer beso.

Jenny Kopell acercó su rostro al del detective privado y posó sus labios sobre los de él.

Los de Mike Andrews no se estuvieron quietos, y buscaron el sabor de aquellos labios rojos como las cerezas, gordezuelos, ligeramente húmedos, que él había deseado besar desde el primer momento en que los vio.

No le defraudaron.

Sabían muy bien.

Tan bien, que al astuto detective no le hubiera importado tenerlos pegados a los suyos durante un par de horas seguidas.

Desgraciadamente, ella los retiró a los pocos segundos.

—Qué beso tan cortito, Jenny... —observó Mike, desilusionado.

—¿De veras se lo ha parecido? —sonrió la joven.

—Sí. Sobre todo, teniendo en cuenta que era un beso de doscientos cincuenta dólares...

—Usted solo habló del número de besos, no de la duración de los mismos.

—Sí, es verdad. Y fue un error por mí parte —se lamentó el detective.

—¿Le doy el segundo beso, Mike?

—El segundo mini-beso, querrá decir.

—Hombre, tampoco ha sido un beso visto y no visto —rio Jenny Kopell.

—Sea un poco más generosa esta vez, Jenny, por favor —rogó Mike.

—Lo intentaré —repuso ella, y unió de nuevo su boca a la de él.

Los labios de Mike Andrews devolvieron la caricia expertamente.

Tan expertamente, que la camarera del «Sexy Club» no tuvo ninguna prisa esta vez en retirar los suyos.

El detective, dándose cuenta de ello, la enlazó por la cintura y acentuó la presión de su boca sobre la de ella.

Jenny Kopell elevó lentamente los brazos y cercó el cuello masculino.

Un siglo después, cuando separaron sus bocas, Mike Andrews sonrió y dijo:

—Este ha valido por todos los que faltan.

—¿Quiere decir que ya no tengo que darle más besos? —preguntó la joven, que parecía un tanto desilusionada.

—No, Jenny; ya me considero suficientemente pagado.

—Ya le dije que siete u ocho besos, eran demasiados besos.

—No crea que me he cansado. Lo que pasa es que no quiero que me bese usted obligada por mí. Eso no me satisface, ¿entiende?

—Suya fue la idea, no mía.

—Lo sé. Pero yo solo quería hacerle saber que no tenía que pagarme nada por mí trabajo, y no sabía cómo decírselo. Se me ocurrió lo de los besos y se lo propuse. Sentía deseos de besarla, esa es la verdad... Desde que la vi entrar en mi despacho. Sin embargo, me hubiera gustado más besarla por propia iniciativa, aunque me hubiese ganado una bofetada.

—No creo que se la hubiera dado, Mike —sonrió la joven.

—¿Quiere que probemos?

—Bueno.

Mike Andrews volvió a tomar por la cintura a Jenny Kopell y la besó en los labios, con vehemencia.

Ella se apresuró a echarle los brazos al cuello y le devolvió el beso con idénticas ganas.

A media tarde, Mike Andrews y Jenny Kopell fueron a visitar a Judy Axley.

La atractiva pelirroja se alegró mucho de verles.

Tenía el tobillo vendado, y dijo que apenas le dolía.

El doctor que la había atendido le había asegurado que en un par de días podría caminar normalmente.

Mike le puso al corriente de lo que habían hallado en la colina, y lo que él pensaba del hombre desnudo: que era el monstruo. Y esperaba que el teniente Clutter le llamase de un momento a otro para confirmárselo.

Hablaron los tres largo y tendido sobre ello.

Cuando pasaban unos minutos de las siete, Mike dijo que debía regresar a su oficina.

Jenny Kopell decidió quedarse un rato más con Judy Axley. De allí, se iría directamente al «Sexy Club». Con que llegara unos minutos antes de las ocho...

El detective se despidió de las dos y abandonó el apartamento de la pelirroja.

Tomó un taxi.

Unos quince minutos después, se hallaba frente al edificio en el cual tenía su oficina.

Mike pagó el servicio, descendió del taxi, y subió a su oficina.

Allí le esperaba una sorpresa.

Una desagradable sorpresa...

CAPÍTULO 12

M

IKE Andrews entró en su oficina.

Había dos tipos esperándole.

Altos.

Fornidos.

Con cara de delincuentes.

Romy Seaton estaba sentada en su silla, tras la pequeña mesa en la que ella trabajaba.

Sus facciones estaban recubiertas por una acentuada palidez y sus labios temblaban perceptiblemente.

—Mike... —musitó, débilmente.

—¿Qué pasa aquí, Romy? ¿Quiénes son estos hombres? —inquirió el detective.

El tipo de la derecha, que lucía un considerable mostacho, habló:

—Somos amigos de Lyon Edwards.

—¿Lyon Edwards? —repitió Mike.

—¿No conoce usted al doctor Edwards, señor Andrews? —preguntó el otro sujeto, que se había dejado crecer demasiado las patillas.

—No.

—Pues muy pronto lo conocerá, porque va a venir con nosotros a su casa.

—¿Y si me niego a acompañarles...?

El tipo del mostacho sonrió, mostrando unos dientes amarillentos y estropeados, y dejó ver el pequeño aparatito que hasta entonces había mantenido oculto en su mano derecha.

—¿Sabe qué es esto, Andrews?

—No.

—Yo sé lo diré: es un detonador. Si aprieto este botoncito, un par de cartuchos de dinamita, muy especiales, estallarán en el acto. ¿Y sabe a quién le harán mucha pupa?

—¿A quién? —preguntó Mike, roncamente.

El tipo del mostacho miró a la asustada Romy Seaton.

—¿Quieres bajarte el vestido, guapa?

La novia de Oscar «Martillo Pilon» elevó sus temblorosas manos, atrapó los tirantes de su vestido, y los deslizó sobre sus hombros, con mucho cuidado.

Se bajó el vestido hasta casi la cintura, dejando al descubierto no solo la mayor parte de sus senos y el diminuto sujetador, sino también los dos cartuchos de dinamita que permanecían pegados a su moreno estómago, sujetos con anchas tiras adhesivas, las cuales le rodeaban todo el torso, como si fuera un vendaje.

Mike Andrews sintió que le quemaba la sangre en las venas.

—Puedes cubrirte, preciosa —indicó el fulano del mostacho.

Romy Seaton se subió el vestido, con el mismo cuidado con que lo había bajado, como si temiera que, al menor roce, los cartuchos de dinamita estallasen y toda ella saltase en pedazos.

—Vendrá con nosotros, ¿verdad, Andrews? —dijo el otro tipo, el de las patillas kilométricas.

—Sí, iré con ustedes —respondió Mike.

No podía hacer otra cosa.

Intentar algo, sería poner en peligro la vida de Romy.

—Quítale el arma —indicó a su compañero el individuo que sostenía el detonador.

El patilludo se acercó al detective y le arrebató la pistola, la cual se guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—En marcha los dos —ordenó el tipo del mostacho.

—Vamos, Romy —dijo Mike a su secretaria.

Ella se levantó lentamente de la silla y se acercó al detective.

Mike le cogió de la mano y se la oprimió, para infundirle ánimos.

Salieron los dos de la oficina, seguidos a prudente distancia por el par de individuos.

Mientras descendían por las escaleras, el sujeto del mostacho indicó:

—Hay un «Plymouth» color crema estacionado en la calle. Ustedes subirán delante, Andrews, y nosotros lo haremos detrás. Conducirá usted. Y llevará el coche a esa colina que usted conoce tan bien. Ya sabe, la del monstruo.

Romy Seaton se estremeció al oír hablar de un monstruo.

Mike Andrews no había tenido tiempo de hablarle del asunto, y ella no sabía nada de lo sucedido en aquella colina.

—Mike... —gimió, aterrada.

—No tengas miedo, Romy. No nos ocurrirá nada —trató de tranquilizarla el detective.

Alcanzaron la calle.

Mike Andrews cumplió las instrucciones de los individuos.

Un par de minutos después, y en el «Plymouth» de los tipos, se dirigían

los cuatro a «La colina del horror».

Durante el trayecto, el fulano del mostacho dijo:

—Es posible que esté usted pensando que no me atrevería a accionar el detonador, si usted intentase algo contra nosotros. ¿Me equivoco, Andrews?

—Moriríamos los cuatro —observó Mike.

El tipo rio.

—Se equivoca, Andrews. Esos cartuchos, como ya le dije en su oficina, son muy especiales. Solo contienen una pequeña cantidad de dinamita. La suficiente para causar serias heridas en el pecho de su secretaria, pero ni siquiera ella moriría. Aunque, eso sí: le quedarían unas cicatrices tan feas, que ningún hombre podría verla desnuda sin sentir una cierta aprensión.

—¡Cállense, malditos! —rugió Mike, viendo que a su secretaria se le saltaban las lágrimas, horrorizada.

Los tipos se echaron a reír, aunque ya no volvieron a hablar.

Cuando estaban llegando a la colina, el del mostacho indicó:

—Por ese sendero, Andrews.

—¿Adónde conduce? —inquirió Mike.

—A la casa del doctor Edwards.

El detective metió el «Plymouth» por el sendero.

Un par de minutos después, divisaban un viejo caserón.

Mike detuvo el coche frente a él.

Descendieron los cuatro del vehículo y penetraron en el caserón.

El bigotudo y el patilludo obligaron a Mike y a Romy a bajar por una deteriorada escalera.

Conducía al sótano.

Y en él, tenía instalado su laboratorio el doctor Edwards.

El sótano, cuyo techo se asentaba sobre varios postes de madera, era muy amplio. Había muchos estantes, sobre los cuales descansaban infinidad de objetos propios de un laboratorio.

Lyon Edwards se encontraba allí, manejando unas probetas.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, delgado, de mediana estatura y abundante cabellera plateada. Usaba lentes y se cubría con una bata blanca.

Fijó sus ojos en Mike Andrews.

El detective advirtió que le miraba con intenso odio.

—¿Es usted el doctor Edwards? —preguntó Mike.

—Sí, yo soy —asintió Lyon Edwards.

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me ha hecho venir a su casa?

—Se lo diré, Andrews. Pero antes...

El doctor Edwards miró a los dos hombres que habían traído al detective privado y a su secretaria.

El de los patillones condujo a Mike Andrews junto a uno de los postes del fondo del sótano y ordenó:

—Quítese la ropa, Andrews. Los zapatos y los calcetines también.

—¿Para qué? —quiso saber Mike.

—No haga preguntas y obedezca.

Mike se desprendió de todo lo que llevaba encima, a excepción del «slip».

—Suficiente, ¿no? —preguntó, temeroso de que el patilludo le obligara a quedarse completamente desnudo.

El tipo, sin responder, lo ató al poste de madera con una cuerda, fuertemente, desde los hombros a los tobillos.

Entonces, el otro fulano, el del mostacho, condujo a Romy Seaton hasta el poste que había a la izquierda del detective y le ordenó que se quitara el vestido, los zapatos y las medias.

La novia del boxeador obedeció, quedando solo con sus dos prendas más íntimas.

El bigotudo le despegó las tiras de cinta adhesiva y le quitó los cartuchos de dinamita, atándola a continuación al poste, del mismo modo que su compañero había atado al detective.

Instantes después, el doctor Edwards se acercaba a ellos, con una aguja hipodérmica en las manos, cuya jeringa contenía un líquido verdoso.

Mike Andrews sintió que una oleada de frío estremecía su cuerpo.

También Romy Seaton sintió pánico.

—¿Qué es eso? —inquirió Mike, los ojos fijos en la jeringa.

—Una poderosa droga inventada por mí —explicó Lyon Edwards—. Todavía no está totalmente perfeccionada, pero todo se andará. El objeto de la misma es convertir al hombre en un ser mucho más alto, mucho más fuerte, mucho más resistente a los peligros y a las enfermedades, mucho más inteligente... Llevo muchos años trabajando en ello, y casi lo he conseguido. Hasta hace tan solo unos días, solamente había realizado pruebas con animales. Pequeños, por supuesto. Ratones, lagartijas, conejillos... Creí llegado el momento de realizar mi primera prueba con un ser humano, y le inyecté la droga a Peter Davis, un pobre diablo al que conocía desde hace tiempo. Él no quería someterse al experimento, tenía miedo, pero yo le convencí diciéndole que iba a hacer de él el hombre más fuerte y más inteligente de la Tierra.

Lyon Edwards hizo una pausa y prosiguió:

—La prueba no salió del todo bien, aunque todavía ignoro por qué. El caso es que Peter Davis se hizo casi un metro más alto y extraordinariamente corpulento, pero su cuerpo se llenó totalmente de pelo y su cara se desfiguró. Parecía una bestia gigantesca, en vez de un hombre grande y fuerte. Perdió la facultad del habla, solo podía emitir rugidos, y

advertí en su mirada el deseo de matar, de destruirlo todo... Por fortuna, su cerebro seguía funcionando, y pude hacerle comprender que no debía matarme a mí, pues yo era la única persona que podía devolverlo a la normalidad. No era cierto, por supuesto. Una vez administrada la droga, solo con la muerte se vuelve a la normalidad... Pude haberle administrado un veneno al ingenuo de Peter, pero no lo hice. Quería verlo en acción, saber hasta dónde llegaba su fuerza y su poderío. Cerca de aquí hay una colina, que usted ya conoce bien, Andrews. De vez en cuando, alguna parejita acude a ella, para hacer el amor tranquilamente, sin que nadie les moleste. Desde aquí veo subir su coche a la colina. Casualmente, la misma noche que convertí a Peter Davis en esa especie de monstruo de pesadilla, una parejita subió a la colina: Andy Blocker y Bonnie Smith.

El doctor Edwards hizo una nueva pausa y continuó:

—Averigüé sus nombres después, cuando ya estaban despedazados. Peter destruyó primero al tipo y luego a la chica. Fue algo asombroso... Y el caso es que estuvo a punto de no suceder nada, pues Andy y Bonnie no se decidían a bajar del coche. Y, si no salían de él, y se alejaban un poco, no podía lanzarles a Peter, pues hubiesen huido en el coche. Pero finalmente salió la chica, corriendo como una loca, y el tipo salió en su persecución, alcanzándola poco después. Por lo visto, Bonnie no se dejaba hacer el amor, por eso intentó huir de Andy. Yo aproveché aquel momento para acercarme al coche y apoderarme de las llaves, las cuales arrojé lejos. Ya no podrían huir. Entonces, permití entrar en acción a Peter...

Mike Andrews, con el rostro atirantado, espetó:

—Es usted un canalla, doctor Edwards.

La cara de Lyon Edwards se congestionó y sus pupilas brillaron agudamente.

—¿Por qué no espera a insultarme cuando haya oído toda la historia, Andrews?

—No es necesario, ya conozco el resto. Esta mañana, cuando las chicas y yo llegamos a la colina, usted se apoderó de las llaves de mi coche y las arrojó lejos, para que no pudiéramos escapar, y luego permitió entrar en acción a Peter Davis, solo que esta vez le salió mal la cosa, pues yo supe encontrar el punto débil de ese monstruo creado por usted: sus ojos. Se los reventé de sendos balazos y pudimos escapar. Poco después, y a causa de esas graves heridas, Peter fallecía y recuperaba la normalidad.

—Sí, esa es la segunda parte de la historia. Pero falta la tercera y última parte, Andrews. Y esa no la conoce.

—Pero la imagino. Quiere vengarse usted de mí, por haber dado muerte a esa bestia salvaje que, por su culpa, era Peter Davis.

—Exacto. ¿Y adivina también en qué va a consistir mi venganza?

El detective privado miró el líquido espeso y verdoso que contenía la

jeringa.

—Creo que sí. Va usted a convertirme en otra bestia salvaje...

—En efecto —asintió Edwards—. Y a la chica también.

Romy Seaton se sintió desfallecer de horror.

—Le aconsejo que no nos inyecte la droga, doctor Edwards —dijo, con voz ronca, Mike—. Si lo hace, usted y sus amigos serán nuestras primeras víctimas.

Lyon Edwards se echó a reír.

—Se equivoca, Andrews. La droga tarda unos minutos en hacer efecto. Cuando usted y su secretaria se hayan transformado en bestias asesinas, nosotros ya estaremos lejos de esta casa. Ustedes dos serán el terror de Salem y sus alrededores en las próximas horas, y matarán a mucha gente antes de que la policía pueda acabar con ustedes. En el fondo, ustedes no querrán causar daño a nadie, pero no podrán evitarlo. La droga les impulsará a ello. Es una lástima que yo no pueda presenciar tan grandioso espectáculo, pero no importa, ya me enteraré de todo por los periódicos, la radio y la televisión.

—¿Está usted loco, doctor Edwards! —rugió Mike, desesperado, porque se sabía impotente para impedir que Lyon Edwards les inyectase la droga a él y a Romy.

Intentó furiosamente aflojar la cuerda que le sujetaba al poste, pero el tipo de las patillas kilométricas le había atado a conciencia, y la cuerda no cedió un ápice.

El doctor Edwards, riendo de nuevo, se dispuso a introducir la aguja hipodérmica en el brazo del detective.

—¡Deténgase, so chiflado! —ordenó en aquel preciso instante una voz ronca, como de tubo de escape.

—¡Oscar! —gritó Romy Seaton, absolutamente perpleja, porque la última persona que ella esperaba ver aparecer en aquel sótano era su novio.

Pero allí estaba.

Había surgido de detrás de unos estantes.

—¿Quién es ese? —exclamó Lyon Edwards.

—¡No lo sabemos! —respondió el tipo del mostacho.

—¡A él, estúpidos! —ordenó Edwards.

Los dos matones se lanzaron sobre el boxeador.

—¡Duro con ellos, «Martillo Pilón»! —gritó Mike Andrews.

—¡Esto es pan comido, Andrews! —rio broncamente el fornido Oscar, y se puso a repartir puñetazos que era un gusto.

—¡Bravo, Oscar! —gritó Romy, quien, de haber podido se hubiese puesto a aplaudir rabiosamente.

—¡Así se pega, campeón! —rugió Mike.

El doctor Edwards, viendo que los tipos contratados por él para

secuestrar al detective privado, no podían con el corpulento desconocido, intentó inyectarle la droga a Mike Andrews.

El detective hizo lo único que podía hacer para evitarlo: soltarle un brutal cabezazo en la frente al demente del doctor Edwards.

Lyon Edwards emitió un gemido y se desplomó, perdiendo la aguja hipodérmica, cuya jeringa se hizo añicos al chocar contra el suelo, esparciendo su contenido.

Oscar «Martillo Pilón» dejó inconscientes al bigotudo y al patilludo y se acercó rápidamente al detective y a Romy, a los cuales desató.

La secretaria de Mike Andrews se echó en brazos de su novio.

—¡Oscar, qué fuerte y qué valiente eres! ¡Cuánto te quiero, bruto mío!

El boxeador dejó oír de nuevo su bronca risa y estrechó con fuerza a la semidesnuda Romy.

A Mike le pareció oír que las costillas de su secretaria crujían.

Mientras se ponía los pantalones, preguntó al peso pesado.

—¿Usted no tenía que estar camino de San Francisco, Oscar...?

—Sí, pero estoy aquí.

—Ya lo veo.

—Usted es un tipo muy apuesto, Andrews, y yo no estaba seguro del todo de que Romy no me la pegase con usted, aprovechando mi ausencia, así que decidí esperar en la calle y seguirles cuando ambos saliesen de la oficina, para ver dónde iban —explicó el púgil—. Les vi subir en un «Plymouth», con estos dos tipos, y les seguí con mi coche hasta este caserón, donde me colé silenciosamente. Oí todo cuanto dijo el doctor Edwards. Y, en el momento oportuno, entré en acción.

—Entre Romy y yo jamás ha habido nada, Oscar; ni lo habrá, puede estar seguro. Ella le quiere. De todos modos, bendita su desconfianza, porque gracias a ella, Romy y yo nos hemos librado de correr la peor de las suertes.

—Sí, eso es verdad —volvió a reír «Martillo Pilón», y trituró de nuevo a su novia con sus poderosos brazos.

EPILOGO

U

N par de horas después, Mike Andrews pulsaba el timbre del apartamento de Jenny Kopell.

La joven abrió.

—Mike... —murmuró, sorprendida.

—Hola, Jenny —sonrió el detective—. He estado en el «Sexy Club», y allí me han dicho que has dejado el empleo...

—¿Te han dicho también por qué? —preguntó ella.

—Sí. Un tipo te sentó sobre sus rodillas y empezó a darte besos en el escote. Tú le diste un puñetazo en un ojo y los dos caísteis al suelo. Minutos después, abandonabas para siempre el club.

—Así es. Ya no podía soportar más aquel ambiente. Lo de hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso de mi paciencia. Buscaré otro empleo.

—Yo te ofrezco uno: el de secretaria del mejor detective privado de Salem.

—¿Qué...? —pestañeó la joven.

—Romy me ha dejado, Jenny. Se ha ido a San Francisco con su novio, con quien contraerá matrimonio la semana próxima.

—¿Es eso verdad, Mike...?

—Sí, lo es. ¿Qué, aceptas el empleo?

—¡Desde luego!

—Magnífico. Ahora, si me dejas entrar, te contaré un montón de cosas sobre el monstruo de la colina.

—Pasa, Mike.

El detective entró en el apartamento de su nueva secretaria, a quién informó de lo sucedido en las últimas tres horas.

—Qué rato tan horrible debisteis pasar tú y Romy, Mike...

—Sí, fue terrible. Pero, gracias a Dios, y a Oscar «Martillo Pilón», todo acabó bien. El doctor Edwards y los dos matones contratados por él, están en manos de la policía, y cada cual recibirá el castigo que se merece.

—¿Te apetece una copa, Mike?

—Me apetece más un beso —respondió el detective, atrapándola por la cintura.

Se besaron.

—Jenny...

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo?

—¡Mike!

—¿Sí o no?

—¿De veras te gustaría que tú y yo...?

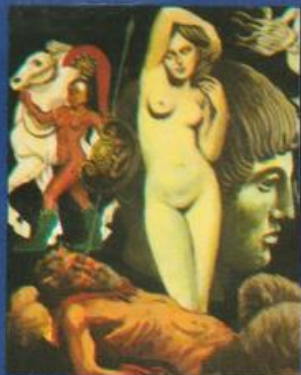
—Nada me haría más feliz. Lo descubrí esta tarde, mientras nos besábamos, en este mismo diván. ¿Qué me respondes?

—Qué sí, Mike. También yo estoy enamorada de ti —confesó ella, radiante de felicidad.

Se abrazaron y volvieron a besarse.

Larga y apretadamente.

FIN



BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

A REENCARNACION.
UTERO.
A NIGROMANCIA.
DRACULA.
RUJOS E ILUMINADOS.
N TRANCE.
AS HUELLAS DE
A MALDICION.
ISTORIA DE LA C.I.A.
A PENA DE MUERTE.
AMPIRISMO.
JEGO PURIFICADOR.
ISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU.SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.
LOS TEMPLARIOS.
EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual

distribuidores exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.